





# OTRO SENTIDO

- Relatos desde la Caverna -

Katy Bertrand P.

&

Iván P. Roche

KativaWorks ©

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ISBN:

Depósito legal:

1ª Edición: Julio 2019

KativaWorks

C/Aguado, 13-7ºD, Gijón - Asturias.

633 80 30 89

[kativaworks@gmail.com](mailto:kativaworks@gmail.com)

[www.kativaworks.wordpress.com](http://www.kativaworks.wordpress.com)

© Katy Bertrand Prieto, 2019

© Iván Pérez Roche, 2019

© KativaWorks, 2019

Impreso por Impresiones Gráficas RGB  
Calle de las Imágenes, 342 - 08001 Barcelona  
[info@igrb.es](mailto:info@igrb.es) - [www.igrb.es](http://www.igrb.es)

Gracias a todos.  
Gracias a ti,  
gracias a mi,  
por el valor,  
por el volar.



Hay dos gatos miagando  
a la pálida luna  
y un nido en equilibrio  
en la cornisa de un tejado.  
Dicen que hay seis  
pero yo siento siete.  
Tres zancadas faltan  
para completar el camino  
si llegas cansado  
te choco mis cinco.  
El once espera  
a ser reconocido  
mientras el ocho se tumba  
formando el infinito.  
Por nueve veces  
caí en el olvido  
despertando asustado  
a las diecinueve horas  
del día prohibido.  
Doce jueces deciden  
si columpiarse o volar  
porque la espera les hace dormir.  
El niño del quince anhela  
la elegancia del cóndor  
sin saber que a los dieciocho  
se hará cazador.  
Veintiuna respuestas me diste  
y yo solo veinte entendí  
la última se la llevó la lluvia  
poniendo en duda otras diez.  
El trece no cree en la suerte  
aunque cantó las catorce  
en la quiniela del mundo.  
La arboleda de mi jardín  
tiene dieciséis manzanos  
que me dan sombra y cobijo  
más de diecisiete veces al año.  
El veintidós se sonroja  
cuando le mira el veintitrés.  
Puedes sumar y restar  
lo que te venga en gana,  
el resultado final  
será siempre el mismo  
las letras de la vida  
le darán el otro sentido.





Prólogo

## EL DIOS ABURRIDO

Hace eones, un Dios miraba al infinito cuestionándose su propia existencia. Si él era todo, significaba por tanto que también era nada. Estaba envuelto en una tormenta de ideas donde el espacio, el tiempo, la luz y la oscuridad, se fundían en un mismo concepto.

Entonces surgió una cuestión, una duda que se adueñó del todo y la nada.

– ¿Realmente soy un Dios todopoderoso?- se preguntó.

Entendió entonces que sólo tenía una forma de responder a aquella pregunta, olvidarse de que era Dios. Si realmente era omnipotente como pensaba, podría volver a recordarlo. Sólo un auténtico Dios podría realizar tal hazaña.

Tendió dos hilos para atarse al recuerdo, la pista a seguir para encontrar el camino de vuelta a su esencia. Uno de ellos iba hacia la nada, hacia el caos y la destrucción, era el hilo de oscuridad que, en forma de pruebas, le avisaría cuando avanzase en sentido erróneo. El otro iba hacia el todo, hacia la armonía y la reconstrucción, era el hilo de luz que enviaba señales de ir en el sentido correcto.

Una vez hubo tendido el hilo de las señales, explotó en millones de millones de pedazos. Dividió su ser en infinitas partes, formó galaxias y estrellas, planetas y cometas, energías y elementos, seres vivos y seres inertes... y en todos encerró un fragmento de su esencia, pues todos eran igual de importantes para su reconstrucción.

Y por último... se olvidó de que era Dios.



## Índice

El desertor .....	13
Reflexión .....	17
Bebé de la droga .....	17
Ciento ochenta grados.....	17
Gris .....	17
Entierrados.....	17
Ira.....	17
Tras las huellas de los otros.....	17
Un paso atrás.....	17
Galones.....	17
La cuerda de la obsesión.....	17
Todos somos iguales.....	17
Ansiedad.....	17
El funeral.....	17
Al final silencio.....	17
El último tren.....	17
Muñeca.....	17
La comunión.....	17
La melodía. ....	17
Eternidad.....	17
Instinto animal. ....	17
Caer de nuevo.....	17
El primer umbral.....	17

Nosotros hemos elegido este orden pero te animamos a que sigas el tuyo propio, así tendrá otro sentido para ti, el tuyo propio.



## EL DESERTOR

Michael apretó los ojos ante el inminente rayo de luz que se colaba por la ventana entreabierta. Quería volver a conciliar el sueño pero ya era tarde, el fogonazo lo había despertado. Con cautela apartó el brazo de mujer que descansaba despreocupado sobre su pecho y se incorporó.

A sus pies una botella de vino peligrosamente inclinada aún guardaba restos de la noche anterior, le dio un trago a modo de enjuague para aclararse la boca y se desperezó cual orangután enjaulado.

Echó un vistazo a la pelirroja que dormitaba de espaldas

en el jergón. No se acordaba de su nombre, ni siquiera de su cara... “Mejor no despertarla y pasar una situación incómoda”. Recogió su ropa y sus zapatos y, todavía en calzoncillos, salió de la habitación cerrando la puerta lentamente para amortiguar el ‘clic’. En el último año se había convertido en todo un experto.

Se vistió en el pasillo y salió de aquel hostel barato, y de la vida de la chica, igual que lo había hecho en las cuarenta y cinco veces anteriores.

Descendía por una calle en los suburbios de la ciudad cuando una punzada le agujeró el pecho, era algo parecido al remordimiento. Sacudió la cabeza, metió la mano en el bolsillo topando unas monedas sueltas y se encaminó a la primera taberna que vio.

—Ponme una cerveza —dijo sin más preámbulos mientras se acodaba en la esquina de la barra.

—¿No es demasiado pronto para eso cariño? —preguntó la camarera con amabilidad, una mujer madura con las marcas de la vida difícil grabadas en el rostro.

—No te he preguntado la hora. —Michael la miró atravesándola con su mirada vacía, ella borró la sonrisa de la cara y le sirvió lo que quería. Vació el vaso en dos tragos. — Ponme otra.

La mujer le sirvió la segunda pero dudó antes de dársela.

—¿Tienes dinero? —la pregunta venía de una boca con años de experiencia tras una barra.

Michael la miró con desprecio y puso sobre la barra todo su capital, no era mucho, suficiente para unas cuantas pintas.

—¿Satisfecha? Ahora dame mi cerveza. —Ella le obedeció.

—Esa voz... yo reconozco esa voz.— Las palabras llegaban de un rincón al fondo, donde un hombre se levantaba medio tambaléandose y trataba de acercarse torpemente en dirección a Michael—. Tú eres Michael Burton, Capitán Burton, ¡Molly es un héroe de guerra! —le dijo a la camarera.

—Te equivocas —cortó Michael.

—No, no me equivoco yo estuve contigo en el frente.

División 64. Soy Richard, “Zapatitos” Burk, tú me pusiste el mote. Molly, Molly te lo conté, este hombre nos salvó de morir achicharrados, bueno muchos lo hicieron pero la gran mayoría nos salvamos, él lo hizo, ¡él nos salvó!

Michael estaba incómodo quería zafarse de aquel tipo, pero le tenía agarrado por el hombro y se interponía con su cuerpo sudoroso ante la puerta de salida.

—Te repito que te equivocas.

—No, imposible, tengo grabada tu voz y tu cara a fuego, tú hiciste que fuéramos mejores hombres, nos alentaste en cada batalla, ¡ah Molly que discursos nos daba...! Yo estuve en la entrega de la medalla al honor que te concedieron... ¡Vaya, vaya, el Capitán Burton en persona! en este tugurio... no te ofendas Molly...

A la mente de Michael comenzaron a llegar recuerdos de esos años, destellos de las balas, caras de los soldados que había matado, de los soldados que había adiestrado, el ensordecedor ruido de las bombas, todo lo que había estado intentando acallar en los últimos dieciocho meses de su vida. Todo salió a borbotones. El dolor en el pecho se volvió cada vez más agudo, su estómago comenzó a formar una bola de fuego que le abrasaba como la casa cuartel en la que habían muerto tantos de los suyos... Acudió a su mente también la vida después de la guerra, borracheras, mujeres, la medalla empeñada...

Tenía que salir de ahí y aquel hombre no dejaba de parlotear, apretó el puño y lo estampó en la nariz de Richard “Zapatitos” Burke. Cayó hacia atrás desconcertado, sus ojillos de borracho le miraban como un niño que no entendía su castigo.

—Capitán, pero... ¿he dicho algo malo? —balbuceaba desde el suelo con la sangre manando de sus fosas nasales.

Michael huyó despavorido de aquel sitio procurando acallar su cabeza, cuando una carreta de caballos le pasó por encima.

—Ahí termina tu héroe Rick —dijo Molly desde la puerta, luego se giró y ayudó al hombre a levantarse—. Vamos anda, que te pongo un trapo húmedo en esa nariz.

—No lo entiendo Molly... no sé qué ha pasado, yo no quería... no pretendía molestarle... yo...

—Tú no tienes la culpa cielo, él eligió desertar de la vida, no pudo afrontar sus fantasmas, simplemente le venció la paz. Venga que te invito a un trago.



# REFLEXIÓN

Ella era miope, aunque sólo un poco, o eso creía...

Solía guiarse por la luz y los colores para no chocar con las cosas, aunque a veces el método fallaba y terminaba tropezando con formas mimetizadas en el espacio que no lograba diferenciar, como papeleras y muebles.

Su lugar favorito era el mirador de la ciudad. Se sentaba allí todas las tardes para ver la puesta de sol; bueno, lo de ver era un decir porque ella solo percibía borrones que se oscurecían lentamente.

Un día le preguntó a un señor que estaba allí con ella qué era lo que él veía, ¿Sería bonita la vista?

—Bueno, lo que veo es una ciudad llena de edificios que han tapado el verdadero paisaje, sólo subo para tratar de recordar lo que veía cuando era niño.

Se quedó pensativa ante esa respuesta, incluso un poco decepcionada. Creía que la vista desde allí era preciosa.

Tardó en volver unos días y cuando lo hizo, por curiosidad, preguntó lo mismo a una pareja de jóvenes que se

hacían arrumacos.

—¡Es la mejor vista del mundo!, es precioso ver los edificios recortarse sobre las montañas, ver las fábricas funcionando, todo es nuevo, una ciudad de ahora— contestaron con entusiasmo.

Entonces... ¿sí era bonita la vista? Estaba un poco confusa.

Al día siguiente volvió y le preguntó a una chica que, apoyada en una bicicleta, sacaba fotos.

—Mmm... no está mal, pero las hay mil veces mejores,. Hay países que mezclan perfectamente la ciudad con el entorno natural, en esos sitios sí que hay vistas maravillosas e inspiradoras. Aquí...

Ella no sabía qué pensar, estaba absolutamente descolocada ante la variedad de respuestas. ¿Cuál era la correcta? Si alguien le preguntase a ella ¿qué contestaría? Tal vez la respuesta del hombre mayor que había visto cómo era antes, o quizás la de los chicos jóvenes llenos de entusiasmo, o puede que la de la fotógrafa que había contemplado otros paisajes y podía comparar... No sabía decidirse por ninguna.

Esa noche reflexionó largo y tendido sobre el asunto, intentando entender cada postura y al final, de tanto pensar, terminó por dormirse.

Despertó con las ideas más claras y subió al mirador decidida, sacó las gafas que nunca usaba y contempló el paisaje con sus propios ojos. Comprendió que para saber cuál era la respuesta correcta primero tenía que ver por ella misma y aún así ninguna sería la verdadera.

## BEBÉ DE LA DROGA

Felicia no conoció a su padre y lo que conoció de su madre prefería no haberlo hecho.

Su madre ya era drogadicta mucho antes de que ella llegase al mundo, y no dejó de serlo durante el embarazo, así fue que Felicia conoció antes la droga que la luz del sol.

Aún con todo esto, sobrevivió. Entre jeringuillas y colchones rotos; de la calle al centro para menores y viceversa; en un barrio de esos de la periferia que no solemos pisar... salió adelante.

Su madre no se ocupó mucho de ella, de vez en cuando le hacía una visita y ahí terminaban sus obligaciones.

Fue una vez, en una de esas visitas, cuando Felicia tenía unos once años, que su madre se llevó para empeñar el único vestido de la niña. Necesitaba algo de efectivo con lo que cubrir la dosis de esa semana. Fue un golpe duro para la pequeña preadolescente.

Había pasado por muchas cosas, por mucho más de lo que un ciudadano de bien, de los que habitamos en el centro de la ciudad, podemos imaginar, pero aquello... lo del vestido, le parecía demasiado. No porque el dinero fuese para droga, ni siquiera le dolía ya que su madre no estuviese allí, se había acostumbrado. Lo que realmente le había encendido era

que se había llevado el vestido sin dar ninguna explicación, apelando a su autoridad como madre, por la fuerza. Se sintió atemorizada ante la desesperada necesidad de su progenitora por conseguir dinero.

Aquella tarde Felicia salió de casa tratando de contener las lágrimas, no sabía identificar si era pena o rabia, sólo caminó sin rumbo por el barrio, entre seres que vagaban buscando algún rincón para inyectarse parches de efímera felicidad.

Caminó, y caminó, con pensamientos sacudiéndole la cabeza en una tormenta de palabras y emociones que no conseguía ordenar con sentido.

Así, caminando y caminando, salió del barrio casi sin darse cuenta. Dejó atrás las chabolas viejas y abandonadas y recorrió calles donde las farolas alumbraban comercios y rostros de personas que se cruzaban con ella con la cabeza hundida en sus teléfonos. Todos iban perfectamente vestidos, con ropas nuevas y cuidadas. Era la primera vez que Felicia iba tan lejos de casa y contemplaba todo aquello con los ojos de un niño descubriendo el mundo, un niño desconfiado.

Había llegado al centro de la ciudad siguiendo los escaparates de las tiendas llenas de productos con sus respectivos precios. Tras uno de esos cristales descubrió una elegante cafetería del centro donde los ciudadanos tomaban la merienda conversando tranquilamente, ajenos al mundo exterior.

Allí vio a una de sus compañeras de clase de la escuela pública. Estaba con sus padres y los tres sonreían. Ellos sacaron un enorme paquete envuelto en papel de regalo y se lo entregaron a su hija que lo abrió ansiosa, rasgando el papel sin ningún cuidado, era un patinete eléctrico. La niña saltó de la silla emocionada y se abalanzó sobre sus padres, comiéndolos a besos.

La escena terminó de sacudir la cabeza de nuestra pequeña Felicia. ¿Qué era aquello que acababa de contemplar? Había sentido un terremoto de emociones encontradas. Sintió paz y tranquilidad, pero también envidia

y odio. Fuese lo que fuese aquella sensación, que no lograba etiquetar con una palabra, la atraía enormemente. Las sonrisas, el lugar, la calma, la luz. Todo había girado en torno a aquel paquete envuelto en papel de colores. No sabía qué era, pero sí sabía que quería tener lo mismo que ella, fuese lo que fuese.

No le costó a Felicia dar con su compañera de clase en uno de los parques próximos a la escuela. Estaba allí jugando con el patín, el epicentro de toda aquella tormenta de emociones, des preocupada y feliz. Definitivamente quería aquello.

—Dámelo —le espetó.

— No — respondió la niña.

Y entonces, simplemente lo agarró con todas sus fuerzas y empujó a su compañera tirándola al suelo.

La niña se quedó allí tirada, haciendo pucheros al borde de las lágrimas, sin saber qué hacer, esperando a que alguien apareciera y la ayudara. Casi sintió lástima de ella pero entonces notó en su mano el peso del patín que le acababa de arrebatarse, el objeto del deseo. ¿Por qué no se defendía? ¿Por qué no luchaba para recuperarlo? De nuevo volvió a notar furia, pero esta vez la hacía sentirse bien. Ella era la autoridad, ella era la que causaba temor, igual que antes había hecho su madre con ella. Nunca antes había sentido tanto orgullo de si misma. Había seguido el rastro de la sonrisa de aquellos padres que viera tras el escaparate y se había apropiado de ella, sin mucho esfuerzo.

No le costó tampoco mucho trabajo a la policía dar con Felicia y llevarla a comisaría.

Esa tarde, el sargento Peñizber estaba de vacaciones, muy lejos de allí. El sargento Peñizber se había criado, en un barrio de la periferia, como el de Felicia. Sus caminos no empezaron muy distintos, hasta que el sargento se encontró con un profesor en el instituto que le mostró el camino alternativo, lejos de la delincuencia del barrio. Así fue que decidió dedicar su vida a ayudar a los demás y se hizo agente

de la ley. Dentro de sus responsabilidades, era de absoluta y total prioridad trabajar con niños como Felicia y ayudarles a ver que en la vida siempre hay más opciones. Pero ese día, el sargento Peñizber, estaba de vacaciones.

En su lugar estaba el sargento Corada, quien justo la noche antes había tenido una tremenda discusión con su mujer porque no se entendían. Por eso, el sargento Corada aquel día, no tenía un buen día.

—¿No eres muy pequeña para ir por ahí robando a otros niños? —Otra vez alguien la volvía a atemorizar— Me parece que necesitas una buena lección.

Guardó silencio mientras él la asustaba contándole el futuro que la esperaba de seguir por ese camino. A decir verdad, ella no escuchaba ni una sola de sus palabras, tan sólo pensaba en comprender la cadena de sucesos que estaba experimentando. Primero su madre la había asustado para quitarle algo y se sintió mal, después ella lo había hecho con otra niña y se sintió bien. Y ahora de nuevo, otra persona volvía a intentar hacer lo mismo con ella, era casi como un juego.

Cuando por fin pasó todo, se encontró de nuevo en su viejo colchón roto, donde a veces dormía su madre. La tormenta de emociones había cesado, ahora había calma en su cabeza, podía articularlo en palabras. Los demás te dan lo que quieres cuando sienten miedo, sólo hay que buscar la forma de que no te pillen, de ser tú la autoridad; la ley del más fuerte. Asustar es el primer golpe. Esta fue la primera lección que Felicia aprendió en su carrera como delincuente.

## CIENTO OCHENTA GRADOS.

La luz del atardecer se filtraba ya por la ventana abierta de par en par mientras Anais terminaba de cerrar una maleta, no sin esfuerzo.

—Bueno, pues parece que ya está todo —dijo resoplando mientras sus ojos recorrían la habitación llena de cajas y maletas.

—¡Anaaaiiisss! —El timbre de la puerta sonó insistentemente acompañado de una algarabía que la llamaba entre risas.

Sonrió reconociendo aquellas voces. Detrás de la puerta estaban sus amigos.

—¿No pensarías que te íbamos a dejar marcharte sin una última juerga no?

Pasaron en tropel hacia el salón y comenzaron a sacar de unas bolsas de plástico varias botellas de vino y toda clase

de patatitas y aperitivos. Anais les miró poniendo una pose dramática de enfado e inmediatamente soltó una carcajada y se unió al grupo.

—¿Por qué no? Tengo ocho horas de vuelo para dormir.

—¡Esa es nuestra chica!

La habitación comenzó a llenarse de risas y música mientras recordaban las anécdotas más locas de su juventud. Las botellas de vino empezaban a escasear y la velada ya estaba en su mayor apogeo.

—Anais antes de irte tienes que hacerlo una última vez ¡y gratis! —soltó Laura entre carcajadas.

—No, no puedo sabéis que no y menos ahora después de... ¡Madre mía! ¿Pero cuánto hemos bebido?

—¡Va venga! Una última vez porfis... —Las caras de sus amigos eran una poema, la miraban con ojillos implorantes, ¡Cómo les iba a echar de menos!

—Me presento voluntario. —Francis se incorporó y dio unos pasos hasta ella.

Todos comenzaron a reír con complicidad, se había puesto interesante la situación.

Anais miró a Francis, a él le echaría de menos más que a nadie, durante los últimos años había sido su confidente, su mejor amigo, su refugio, no habían pasado de darse algún beso en las primeras fiestas pero todos les consideraban pareja y así se comportaban aunque no lo fueran. Los dos tenían claras sus metas por eso nunca se habían dado la oportunidad de ir más allá, no era el momento, aunque ambos sabían que su conexión era algo más que amistad.

—¿Estás seguro? —Le preguntó poniendo voz de mala.

—Absolutamente. Confío en ti plenamente —respondió él mirándola directamente a los ojos, Anais notó que se ruborizaba.

—¡Uhhh! —exclamaron todos los demás al unísono.

—Callaos niños o no lo hará nunca. —Francis lanzó una mirada de reproche a sus compañeros.

—Está bien, está bien, por petición popular y por



última vez antes de convertirse en una prestigiosa doctora de bolsillos llenos y agendas imposibles, Anais, la gran ilusionista hipnotizará a este joven caballero para disfrute y risas del personal aquí presente. —Hizo una reverencia y salió por unos segundos volviendo con un reloj de bolsillo en la mano—. Ruego silencio en la sala. ¿Estás listo?

—Sí, eso creo...

—Bien, toma asiento y respira profundamente tres veces cogiendo aire por la nariz y exhalándolo por la boca.

Francis siguió obediente las indicaciones que le iba dando. Respiró y miró la oscilación de lado a lado del reloj que ella balanceaba. Sus ojos se fueron cerrando y la voz de Anais le empezaba a llegar desde un rincón remoto de su mente.

—...escucha sólo mi voz, estas relajado, tranquilo, tu cuerpo es liviano, tu mente se vacía, mi voz lo llena todo, ahora voy a contar hasta tres y cuando de una palmada te convertirás en una... mosca —Anais hizo un esfuerzo por no reírse—. Uno, sientes como te haces pequeño. Dos, notas unas pequeñas alitas abrirse en tu espalda. Tres, sientes la necesidad de volar, eres una mosca —y diciendo esto dio una fuerte palmada.

Francis emitió un zumbido y se levantó de forma muy cómica comenzando a “revolotear” y a moverse nervioso por el espacio, chocando con los muebles, pasando alrededor de sus compañeros que reían y aplaudían escandalosamente. Chocó varias veces con una de las hojas de la ventana abierta.

—Está claro que es una mosca. ¡Qué grande Anais! —Aplaudió Juan sin dejar de reír.

Ante el cumplido, Anais hizo una amplia reverencia captando la atención de sus compañeros que la vitoreaban entusiasmados.

De pronto se oyó un gran estruendo y la alarma de un coche pitando escandalosamente. Los aplausos y los gritos se cortaron de golpe y todos giraron a la vez dirigiendo las miradas hacia la ventana donde hasta hacía apenas unos segundos Francis se golpeaba contra el cristal. Un grito

histórico proveniente de la calle les heló la sangre.

Anais fue la primera en abalanzarse sobre la ventana, su rostro se volvió pálido, su corazón se paralizó por un segundo y el aire se le quedó en los pulmones, le temblaban las piernas. El cuerpo de Francis estaba empotrado contra el capó de su automóvil, a lo lejos se oía la sirena de un coche patrulla o de una ambulancia, Anais nunca había conseguido identificarlas correctamente, sus vecinos asomaban las cabezas por las ventanas murmurando conjeturas. Sintió que alguien la cogía por los brazos y la apartaba de la ventana, en realidad daba igual que la movieran, la imagen ya se había grabado en sus retinas para siempre.

Nadie hablaba, el tiempo se había detenido. Sobre la mesa vibraba su móvil al ritmo de una musiquilla alegre y se iluminaba con un mensaje de alarma en la pantalla que había grabado varias semanas atrás.

“Despierta dormilona, hoy comienza tu nueva vida”

## GRIS

Miraba por la ventana. Callada.

Delante de ella, la cajetilla de tabaco, el cenicero colmado de colillas, una botella de agua medio vacía y el teléfono avisando con su parpadeante luz que tenía mensajes sin leer.

Encendió otro cigarrillo, el móvil vibró nuevamente sobre la mesa, lo cogió sin mirarlo y lo apagó.

La mirada seguía perdida en la ventana, mucho más allá del umbral, en las nubes que iban cambiando de color al ritmo del viento. Blancas, grises, azuladas...en unos minutos llovió, granizó y salió el sol formando un arco iris efímero que dejó paso otra vez otra vez a las nubes negras y densas que oscurecían la ciudad, la hora del día no importaba porque el tiempo, tapando la luz, había decidido que fuera de noche.

El cigarrillo se consumió entre sus dedos dejando caer la ceniza sobre el mantel.

Gris, ese era el tono.

El clima, la ceniza, el ambiente de la habitación... gris de humo. Quizás la vida fuera así, como el tiempo, como aquel espacio, como el cenicero.

Bebió un trago de la botella y la volvió a dejar delante de ella, vacía.

Respiró hondo, abrió el cajón de la mesa y sacó un papel y un boli. Podía haber cogido el teléfono, encenderlo y mandar un mensaje, pero había cosas que se leían mejor en papel, a la vieja usanza. Cogió el bolígrafo entre sus dedos de la misma forma que cogía los cigarrillos antes de encenderlos.

Antes de acercar la tinta a la hoja volvió a pensar en el gris, en sus diferentes tonalidades. ¿Cuántos había? ¿Cuáles eran sus gamas de colores? Gris marengo, gris perla, gris oscuro, azulado, verdoso...

Se armó de valor y posó la punta sobre la impoluta celulosa, deslizándola con suavidad, acariciando la hoja, más con miedo que con dulzura.

Cada letra que estaba escribiendo era inmensa en sí misma. Aquellas palabras significaban para ella un salto al vacío, pero no era un acto precipitado, era un salto largamente pensado.

Algo que le había costado aceptar, una lucha interna que se había alargado más de la cuenta alimentada por derrotas que no significaban el final de la guerra. A ella siempre le había gustado ganar, pero la victoria se resistía, pesaban las heridas, por eso le había costado tanto creer que todo hubiera acabado.

En realidad, sobre ese papel, estaba firmando el tratado de paz con ella misma.

Sólo había tardado unos segundos en escribir esas letras y toda una vida en llegar hasta ese momento.

Posó el boli encima de la hoja que se quedó tendido como un guerrero cansado en el campo de batalla. Sus ojos bajaron lentamente y una lágrima rodó por su mejilla sonrosada perdiéndose en la comisura de su boca que quería sonreír.

Leyó lo que había escrito, susurrándolo, paladeando cada

letra.

—Te quiero.

Lo dijo una sola vez, para que el sonido de su voz dejara constancia sobre ella y las palabras se grabaran dentro. Tenía que decirlo en alto pero también necesitaba dejarlo escrito, para que el viento no se las llevara. Se lo debía a sí misma.

Ahora podía seguir escribiendo, cogió el bolígrafo nuevamente y ya sin esfuerzo añadió: “Seamos nuestro propio tono de gris”

Agarró el papel con cuidado y salió dirigiéndose al dormitorio dónde unos ojos adormilados la esperaban desde hacía tiempo. Posó la nota en la mesita y se escabulló entre el edredón, abrazándose a ese cuerpo que la daba calor y, junto a él, inventó un nuevo color.

El gris completo.



# ENTIERRADOS

Este árbol bajo el que nos cobijamos hoy cuenta la historia de mis padres. Una historia de amor y supervivencia. Y debe de ser contada para que no se pierda conmigo, porque sin ellos, sin este árbol, nada de lo que tenemos existiría.

Su historia comienza hace más de cien años, en “El principio del fin”.

El planeta había quedado desolado y tras las guerras llegaron los desastres naturales, un intento de rebelión o represalia por parte de la tierra para defenderse a si misma.

La gran mayoría de los continentes quedaron sepultados bajo las aguas, quedando solo una pequeña parte de terreno habitable. Fueron tiempos terribles, cientos de civilizaciones perdidas para siempre, millones de personas perecieron,

razas enteras de animales extinguidas, se sucedían los actos heroicos con los egoístas. La supremacía del hombre en estado puro.

Fueron años de incertidumbre, de miedo arraigado en lo más profundo.

Los pocos habitantes que sobrevivieron no tuvieron más remedio que unirse, ocupando el único trozo de tierra disponible para vivir. Censo triste que apenas llegaba a un par de miles de personas.

Decidieron aunarse y crear una nueva civilización a la que pertenecemos ahora, los *Epizóntes*. Configuraron también un nuevo lenguaje combinando todas las lenguas que hablaban los que habían sobrevivido y redactaron nuevas leyes y una nueva constitución, resaltando la importancia de que el hombre permaneciera vivo; siendo la mujer el eje principal de esta nueva sociedad por ser la dadora de vida. El valor de las personas no provenía de su color de piel o de su género, sino de su valía, capacidades y competencias.

Construyeron poco a poco urbes de cemento y metal capaces de soportar cualquier desastre. Temerosos de la naturaleza la apartaron de sus vidas, cubrieron el suelo con capas de cemento y baldosas y la tierra quedó sepultada.

Desarrollaron una alimentación a base de químicos, pastillas y jarabes que les proporcionaban las vitaminas necesarias. El agua quedó aislada en enormes presas y pozos de piedra resistente. Alrededor de la nueva ciudad levantaron altos muros cubiertos por una enorme cúpula de cristal. Aprendieron a vivir nuevamente, en esta burbuja. Se crearon un mundo artificial.

Pero no solo se apartaron de la naturaleza, también se separaron de cualquier idea de lucha. Prohibieron la fabricación de cualquier tipo de arma que pudiera volver a destruirles. El miedo les hizo fundar un pacífico mundo de asfalto. Ellos mismos eran el único dios, inculcando el respeto por el otro, desarrollaron la empatía basada en el terror más primitivo, la extinción.



Sociedad utópica, al menos lo que concernía a ellos.

La era del miedo, la era del humano.

En esta nueva civilización nacieron mis padres. Se enamoraron el día del Resurgimiento, en el baile de la elección. Tan solo necesitaron una mirada para reconocerse y saber que cada uno sería el futuro del otro. Desde ese día permanecieron juntos.

Al poco tiempo de su unión, mi madre se quedó embarazada. Pero lo que fue júbilo en un principio empezó a transformarse en una desazón interior que no sabía explicar, se ahogaba. No soportaba estar dentro de ningún espacio cerrado, no toleraba rozar siquiera una pared o incluso el suelo. Mi padre le construyó en el exterior de su hogar un espacio abierto donde pudiera descansar, cubierto con telas y alfombras de colores. Esto la tranquilizó durante algunos meses pero la desesperación volvió, necesitaba más, aunque no sabía explicar qué. Sentía que le faltaba algo, algo en lo más profundo de su ser. Notaba ese vacío que la estaba volviendo loca, sin siquiera alcanzar a explicarlo o definirlo.

Mi padre no sabía qué hacer, la observaba preocupado dando vueltas nerviosa con arranques de llanto incontrolado.

Solía tumbarse a su lado acariciándole el pelo y contándole historias. Él era el único que conseguía sosegarla, aunque no fuera por mucho tiempo, lograba serenarla. Pero cada vez eran más breves esos momentos.

A medida que el embarazo crecía, lo hacía también su angustia. Buscó mi padre alguna explicación en todos los libros que encontró, consultó a los más sabios, a los más ancianos, a científicos... a todo aquel que pudiera conocer o darle respuestas. Pero nadie logró hacerlo de una forma satisfactoria. Pensaban que podía deberse a un rechazo hacia el bebé, pero eso no era posible, no podía serlo. Mi padre sabía que mi madre deseaba dar a luz, de hecho era lo único que la preocupaba. Por ese hijo que llevaba en su vientre se alimentaba e intentaba dormir. No era yo la causa de su malestar.

Una noche, tres meses antes de mi nacimiento, mi madre estaba recostada mirando la cúpula que les cubría, fuera de ella llovía, se veían las gotas caer y resbalar por el cristal y de vez en cuando algún relámpago iluminaba el espacio creando débiles sombras. De pronto se volvió histérica y comenzó a gritar y a tirar contra el suelo todo lo que pilló por delante, lanzaba los objetos con la fuerza propia de la adrenalina del momento.

A fuerza de repetir el golpe consiguió resquebrajar el pavimento y se quedó observando la grieta, arrodillándose sobre ella, contemplándola en silencio durante horas. Finalmente se levantó como en un trance, cogió un martillo y se puso a golpear el suelo una y otra vez hasta romper la baldosa.

La quitó con cuidado, debajo estaba la capa de asfalto. Mi padre la miraba asustado mientras ella atizaba ahora con más fuerza haciendo un agujero en el cemento. Mi madre, decidida, metió la mano a través del hueco y sacó un puñado de tierra seca. La estrujó entre sus dedos, la pasó por su rostro, oliéndola, la lanzó al aire dejando que cayera sobre ella y entonces miró a mi padre con una gran sonrisa y le dijo que ya sabía lo que necesitaba. Cogió otro montón de tierra y se lo ofreció.

—Quiero salir ahí fuera —le dijo con el rostro lleno de serenidad.

Mi padre solo pudo abrazarla en silencio, sintiendo cómo su corazón se tranquilizaba. Esa noche mi madre durmió durante horas plácidamente con la mano metida en el agujero del suelo, jugueteando con la tierra.

Al día siguiente, mi padre se dirigió al muro exterior. Todo el día estuvo estudiándolo, observando su construcción buscando alguna fisura, alguna piedra débil por donde abrir un hueco. Por fin, al caer la tarde, vio una posibilidad en la cara norte de la muralla, que era la más antigua, una de las piedras estaba un poco suelta. Volvió a casa y compartió con ella su hallazgo y entre los dos idearon un plan para poder

salir. Una vez hechos los planos y con la ejecución clara en sus cabezas mi padre miró a mi madre.

—¿Estás segura de esto?

—Sí

—Vamos a quebrantar la ley, nos jugamos el destierro. Una vez que salgamos no creo que nos dejen volver.

—Soy consciente del peligro y asumo las consecuencias. Pero estoy al ciento por ciento segura de que mi lugar está fuera de estos muros. Sé que nuestro vástago tiene que nacer al otro lado. Entendería que tú no quisieras seguirme, y aunque me apenaría profundamente, no te guardaría rencor alguno.

—Mi lugar está donde estéis tú y nuestro hijo, y si tu sitio es ahí fuera también será el mío.

No le dijeron a nadie lo que estaban pensando hacer, no fuera que les detuvieran antes de intentarlo. Siguieron actuando con normalidad. Mi madre no volvió a tener ataques de ansiedad, entendiendo los de su alrededor que se había calmado al estar próximo el parto.

Por las noches acudían al muro y en silencio construyeron una puerta lo suficientemente grande para pasar los dos. La hicieron con sumo cuidado, procurando no desbaratar la sujeción de la muralla. Por suerte o por destino, ambos poseían conocimientos de arquitectura e ingeniería. La tarea no les llevó mucho tiempo, apenas unas semanas de trabajo.

Cuando estuvo hecha la salida dedicaron algunos días a preparar lo necesario para su huida y vida en el exterior, calculando minuciosamente lo que se iban a llevar, procurando tener en cuenta todas las posibilidades y problemas que su mente alcanzaba a imaginar.

El día de la partida reunieron a todos sus familiares y allegados usando como excusa mi nacimiento y la “curación” de mi madre. Fue un día de regocijo e ilusión, lleno de amor y risas. Se despidieron de todos de la mejor manera por si aquella fuera la última vez que se veían.

Esa misma noche, tras escribir una carta explicándolo

todo y cargados con lo que consideraron imprescindible, se encaminaron al exilio que ellos habían escogido.

Tras pasaron la puerta de metal que habían construido, de la mano, aguantando la respiración.

Lo habían hecho, estaban fuera de los muros, habían cruzado el umbral a través de la puerta que ellos habían ideado. Antes de cerrarla mi padre dejó que mi madre respirara hondo. Ella lo hizo llenando sus pulmones con oxígeno puro, en su rostro se dibujó una sonrisa y entonces cerraron la puerta al mundo que habían conocido.

Lo primero que hicieron fue quitarse los zapatos y caminar descalzos sobre la tierra, notando su aspereza y humedad. Mi madre saltaba de alegría, sus ojos tenían un brillo de felicidad. Mi padre supo, como supo al instante, que ella sería su compañera de por vida, que habían tomado la decisión correcta. No había sido fácil ni lo sería, pero se sentían dichosos y llenos de energía. Esa noche durmieron al ras, bajo un cielo estrellado que les alumbraba directamente, nunca durmieron mejor que aquella primera noche. Ni despertaron más contentos que ese amanecer con los rayos del sol calentándoles la piel.

Mi padre se puso manos a la obra, siendo consciente del poco tiempo que faltaba para mi llegada. Buscaron un sitio donde asentarse, no demasiado lejos de la muralla, y comenzaron sin descanso la construcción de una casa levantada con los materiales que iban encontrando en la naturaleza. Buscó también un sitio donde excavar un pozo y le fabricó a mi madre una mecedora donde se pasaba las horas leyendo o simplemente respirando, con los pies desnudos, hundidos en la tierra que le había traído la paz.

Para cuando llegué yo, ya tenían un hogar habilitado. El día de mi nacimiento fue una prueba de lo que podían hacer solos, fue un día largo, en el que mi padre tuvo que armarse de valor y asistir el parto como buenamente pudo. Vine al mundo en esa casita reciclada y apartada de todo. Nací en el exterior, libre de muros y cúpulas.

En mi primer año de vida, las provisiones alimenticias se fueron agotando, y mis padres decidieron crear un huerto. Habían leído libros donde hablaban de cómo hacerlo, y aunque no estaban seguros de que todo lo que contaban fuera cierto, ya que habían sido escritos basándose en recuerdos, lo intentaron. Aclimataron una porción de tierra en un lado de la casa, la batieron, hicieron surcos como se veía en las ilustraciones y esperaron.

Pasaron dos meses y nada.

Volvieron a removerla y volvieron a esperar pero la tierra seguía yerma.

El tiempo pasaba y comenzaron a desesperarse, hablaron de volver, discutían sobre el futuro. Mi madre se acostaba todas las noches llorando abrazada a mí, y mi padre se pasaba las noches en vela observándonos con impotencia.

Ya no salían a remover la tierra. Solo leían libros buscando alguna solución.

Cierto día en el que estaban enfrascados en sus lecturas yo salí gateando al exterior, por lo visto era la primera vez que lo hacía. Algo había llamado mi atención.

Era lluvia.

Al sentir las gotas cayendo sobre mí me asusté y comencé a llorar. Mi madre al oírme salió corriendo a buscarme, pero la lluvia también la paralizó, lo único que alcanzó a hacer fue cogerme en brazos... y ahí nos quedamos las dos, mojándonos.

Mi padre salió un rato después al ver que tardábamos, estaba igual de perplejo, se acercó y nos abrazó. De alguna forma esa lluvia les devolvía un poco de esperanza.

Tres días estuvo lloviendo y soplando el viento.

Luego todo volvió a la calma. Mi padre salió fuera para comprobar si se había ocasionado algún desperfecto pero en vez de encontrar destrucción lo que halló fue vida. Dos pequeños brotes verdes se abrían paso sobre la tierra mojada.

Llamó a mi madre corriendo y tal fue el regocijo que se pusieron a bailar y cantar con los ojos llenos de lágrimas.

Decidieron que era el momento de ponerse en contacto con la ciudad. Mi padre escribió una carta hablando de su vida fuera de los muros, de mi nacimiento, y del recién descubierto hallazgo de los brotes, metió la carta en un sobre junto con uno de los esquejes y un puñado de tierra y se encaminó hacia aquella puerta que hacía tiempo habían cruzado.

Sintió alivio al descubrir que no la habían tapiado. La abrió con cuidado, pegó la carta por el otro lado y volvió a cerrarla.

Todas las noches acudíamos allí para ver si había respuesta, pero nada.

Hasta que en la quinta noche encontramos una enorme caja dejada por nuestros familiares, en ella había juguetes y ropa. También libros, comida y cartas llenas de afecto, pero lo que más alegría les dio a mis padres fueron unos pequeños sobres que contenían diferentes semillas que al parecer mi tío había conseguido sacar del museo.

A partir de ese día mis padres comenzaron a comunicarse con el interior del muro, encontrando así la paz que aún les faltaba.

Plantaron las semillas, regando la tierra esta vez, y no pasó mucho tiempo hasta que por fin vieron resultados.

Yo era muy pequeña, pero aún recuerdo el sabor de ese primer tomate que comí, no puedo olvidar su sabor jugoso ni la sensación de morderlo.

A ese tomate le siguieron patatas y lechugas, zanahorias, rábanos, especias...

Cada hallazgo era contado y mostrado a nuestros familiares y ellos se encargaban de hablar con el resto de ciudadanos.

Comenzaron a formarse grupos pro-salida liderados por nuestros allegados y en menos de un año, vimos abrirse la puerta y ser cruzada por una docena de personas que se arriesgaban a vivir como nosotros. Mis padres les acogieron con alegría, les enseñaron a cultivar la tierra, a construir sus

casas.

Poco a poco el interior salió al exterior, creando una nueva comunidad que aprendía a vivir en comunión con la naturaleza.

En apenas diez años se había fundado una ciudad equiparable a la que había dentro del muro. La puerta había ido creciendo de tamaño hasta convertirse en un gran portón que empezaba a dejarse abierto pudiendo ir de una ciudad a otra libremente.

Así el miedo fue desapareciendo. Las gentes comenzaron a respetar y amar la naturaleza, se comía lo que se cultivaba.

La tierra traía nuevas formas de vida.

Hasta que la urbe de cemento y metal quedó obsoleta y su muro y su cúpula fueron destruidos.

Mis padres fueron escogidos para quitar la primera piedra en un acto simbólico, recordando aquella primera piedra que habían quitado hacía ya cincuenta años.

Ellos habían sido los primeros en darle una nueva oportunidad a la tierra, creyendo en las posibilidades positivas de la naturaleza.

Habían conseguido vida en el exterior de la burbuja. No solo por haber tenido a su descendencia fuera, sino por haber conseguido amar a la tierra y volverla fértil de nuevo.

Tres años más duraron con vida.

Me los encontré un día, sentados al lado de su primer huerto, cogidos de la mano y mi madre con los pies descalzos dentro de la tierra. Sus rostros completamente serenos. Ni mis hermanos ni yo lloramos por ellos, siempre formarían parte de todos nosotros.

Les enterramos aquí, en su lugar favorito, donde creció este árbol que lleva su nombre.





# IRA

Mi boca tenía un horrible sabor a hierro, apenas si podía incorporarme, sentía un martilleo constante en mis sienes, estaba sudando y olía como si hiciera semanas que no pasaba por el agua. Quizás fuera así, dada la imagen de desorden que vislumbraban mis ojos entreabiertos.

La verdad no reconocía aquella estancia. La persiana estaba medio echada dejando entrar haces de luz nocturna, las paredes tenían manchas, el suelo estaba lleno de periódicos arrugados, envases de comida rápida, una botella rota y un par más vacías, había ropa tirada por todas partes. Debió de haber sido una fiesta tremenda.

Traté de levantarme y al apoyarme sobre el colchón noté la dureza de un objeto que sujetaba mi mano derecha, levanté el brazo para ver qué era y horrorizado vi que asía una *Glock*. Rápidamente la solté y salté de la cama, sentí un mareo, sentí náuseas, el vómito se me precipitó en la boca y sin poder evitarlo arrojé sobre la cama una mezcla irreconocible de alimento y líquidos.

Tenía que salir de allí.

Recogí de encima de una lámpara unos pantalones y me dispuse a buscar un baño dónde asearme. En cuanto traspasé el umbral de la puerta me sobrevino una angustia que me dejó sin aliento, el miedo invadió cada fibra de mi ser, comencé a sudar nuevamente. Mi cabeza se llenó de imágenes de sangre y de gritos, un recuerdo de dolor

extremo encogió mi alma y entonces el miedo se volvió furia. La piel comenzó a arder y el estómago rugió de rabia.

Hiperventilaba, la saliva seca se amontaba en la comisura de mis labios, la garganta se desgarraba por dentro y como un animal salvaje me moví por el espacio dando vueltas agarrando y lanzando todo aquello que encontraba en mi camino.

El crujido de unas tablas me puso en alerta, agudizando el oído escuché unos pasos que se aproximaban, me lancé sobre la pistola que antes había arrojado, la agarré con fuerza y me aproximé de nuevo a la entrada del cuarto, sentía la presencia acercarse, el corazón me iba a estallar, las gotas de sudor caían sobre mis ojos, una sombra cruzó rápidamente por el pasillo, estaba encima de mí, sin pensármelo disparé todas las balas de la recámara.

La nariz se impregnó del olor a pólvora y el espacio se llenó de un sonido suave como de campanitas repiqueteando.

Enfrente de mí estaban los seis agujeros de bala incrustados en un espejo de pie cuyo cristal, hecho añicos, se esparcía sobre el suelo.

## TRAS LAS HUELLAS DE LOS OTROS

—Mira lo que tengo aquí —dijo el pequeño Ramón abriendo la palma de la mano para mostrarle a su hermano mayor el tesoro que escondía dentro del puño apretado, era una moneda.

—¿De dónde has sacado eso? —respondió Francisco, muy serio.

—No se lo digas a nadie —dijo el niño bajando la voz en tono de confidencia—, se la he cogido a mamá de la cartera.

—Ahora mismo das la vuelta y dejas eso donde lo encontraste.

Ramón agachó la cabeza casi avergonzado, pensaba que Francisco le iba a guardar el secreto, lo último que imaginaba era que su propio hermano rechazase aquel hallazgo con el que podrían comprar algún lujo en la tienda del pueblo, como un pastel o quizá alguna golosina.

Pero no fue así, los dos niños hicieron el camino de vuelta y una vez en casa, Francisco se aseguró de que sus padres no se percatasen de que una moneda había saltado de la cartera para después regresar de nuevo.

Al pequeño Ramón no se le volvió a ocurrir coger dinero de la cartera de sus padres, o al menos si lo hizo, nunca se lo contó a su hermano mayor.

El viento frío del otoño fue llevándose las hojas y el paisaje cobrizo dio lugar a un manto blanco a medida que el invierno se instalaba en el pequeño pueblo donde vivían.

Así fue que los caminos pronto estuvieron cubiertos de una gruesa y fría capa de nieve, de esa que cala hasta los huesos y corta la piel si no llevas el abrigo suficiente.

Para Francisco llegar a la escuela todas las mañanas se estaba convirtiendo en toda una prueba. En su casa no había dinero, eran una familia humilde de cinco hermanos. Por eso, el poco dinero que sus padres obtenían trabajando doce horas en la fábrica de zapatos era para pagar el alimento de la familia, y poco más. Francisco, como hermano mayor, era perfectamente consciente del esfuerzo que hacían sus padres y sabía que su única responsabilidad, lo único que se esperaba de él, era que fuera a la escuela y estudiara para labrarse un futuro. Pero este año ese futuro se avecinaba muy, muy frío.

Aquella mañana de Enero el sendero a la escuela estaba cubierto por una capa de nieve que llegaba hasta las rodillas, y, aunque sus padres trabajaban en una fábrica de zapatos, en casa no había dinero suficiente para comprar calzado a todos los niños, el joven muchacho sólo contaba con unas alpargatas de tela para todo el año.

No ir a la escuela por el frío no era una opción, así que a fuerza de repetir el camino una y otra vez, terminó desarrollando un sistema para paliar el dolor de la nieve. Descubrió que si pisaba las huellas de sus compañeros el frío era menor porque no hundía sus piernas en el hielo. Aquello despertaba la admiración en su maestro cada mañana, cuando le contemplaba llegar a la escuela siguiendo el rastro de los otros niños.

Para Francisco, en realidad, suponía un problema, y es que sólo podía ir por el camino que habían hecho previamente los demás y por esa razón siempre llegaba el último.

Fue en esas, siguiendo el rastro una mañana fría, que en lugar de llegar a la escuela sus pasos le llevaron a la cantina del pueblo.

Allí había dos parroquianos que parecían tener el mismo problema que él. Al parecer el frío era enemigo de todos los

hombres y Francisco tenía la sensación de que se acrecentaba con los años, pues cuanto más mayor se hacía, más dolía.

—Es ley de vida —escuchó decir a uno de los hombres cuando se acercó curioso a la cantina—, invierno de frío, pellejo de vino —dijo alzando la bota.

—Bendita pócima que calienta cuerpo y mente —contestó el otro.

A la mañana siguiente, antes de ir a la escuela, Francisco, se coló en la cocina cuando sus padres no estaban y dio un trago al pellejo que contenía la pócima para combatir el frío.

Hizo lo mismo al otro día, y al otro, y al otro, y pronto tras unas semanas, el trago se convirtió en dos, y luego en tres y finalmente en cuantos precisase para olvidarse del invierno.

La pócima le transmitía una sensación agradable, era un ardor que le calentaba el cuerpo por dentro, pero lo más importante era que el dolor al hundir sus pies en la nieve iba menguando. Así podía cumplir con su obligación de ir todas las mañanas a la escuela, todo se le hacía más ameno y llevadero, aunque también se enteraba peor de la lección y a menudo se retrasaba en la tarea.

Su maestro pareció percibirlo, pues empezó a comportarse con él más hosco y fue desapareciendo la mirada de orgullo con la que antes le recibía al llegar a clase.

Aquel cambio de actitud despertaba en el interior del chico cierto dolor incómodo, pero más doloroso era el frío del invierno y la mirada de su profesor no le iba a calentar.

Su afición por la pócima siguió creciendo, cada vez le sentaba mejor, aunque cuando regresaba a casa sentía la tentación de echar un trago y tenía que hacer esfuerzos para resistirse, pues se había prometido hacerlo solo para ir a la escuela.

Una mañana, cuando fue a hacer su ritual, descubrió que el pellejo no estaba. Quizá sus padres se habían percatado y lo habían escondido.

Lo que sí estaba sobre la mesa era la cartera de su madre.

Fue un momento de duda, una decisión que tomó por instinto, no por meditación, sabía que estaba mal, pero peor estaba cortarse la piel todas las mañanas con el hielo. Abrió la cartera y cogió una moneda.

Esa mañana encontró un rastro de huellas que pasaban frente a la puerta de su casa, lo siguió sintiendo el peso de la moneda en el bolsillo. Su instinto quería llevarle a la cantina para beber el remedio, pero su corazón se resistía mientras la cabeza le daba vueltas argumentado a favor y en contra, de un lado y de otro. Aquel día hacía viento, un viento que cortaba la piel, sentía pinchazos en los dedos de los pies agarrotados dentro de las zapatillas de tela. Su única fuente de calor era el puño cerrado fuerte sobre la moneda mientras el debate continuaba en su cabeza. ¿Cantina o escuela?

Como no encontraba respuesta, simplemente se dejó guiar por el rastro, avanzando hacia donde las huellas le quisieran llevar. Dejó que el universo decidiera por él.

No llegó a ninguno de los dos sitios.

En mitad del camino se encontró a su maestro, esperando entre la cantina y la escuela con un paquete en las manos. Eran un par de zapatos nuevos.

—A partir de ahora —le dijo muy serio— ya no tienes que seguir el camino de nadie que no sea el tuyo. Tú decides qué persona quieres ser, sólo tú.

## UN PASO ATRÁS

“Es tan hermosa, aun no sé cómo la conseguí” pensó José Manuel para sus adentros mientras observaba a su mujer dando la cena a sus hijos.

La miraba como si fuera la primera vez que la veía, sus ojos brillaban, recordó la primera vez que le sonrió, la primera vez que pronunció su nombre, la primera vez que rozó su piel... la había amado desde el minuto uno de conocerla, hacía ya ocho años en aquella fiesta de amigos comunes a la que estuvo tentado de no ir. El día de su boda le costó hablar, no hacía más que esperar que ella se arrepintiera y se marchara, y el día que nacieron sus dos hijos se sintió el hombre más afortunado y feliz de este mundo. Era lo mejor que había hecho en la vida y lo mejor que podía haberle dado a ella.

Recordaba todo esto con la cara sonriente, sin moverse del quicio de la puerta y sin dejar de observar la escena tan entrañable y familiar, pero de pronto su rostro se ensombreció y su rictus cambió, el aire dejó de llegarle al pecho, se le había formado un nudo en la garganta y su cuerpo se volvió rígido.

“Ella es tan capaz, es fuerte y valiente, es una madre ejemplar, es una mujer ejemplar y yo, yo soy un miserable incapaz de crecer”

Jose Manuel echó una última mirada a su familia, quiso dar un paso hacia adelante, abrir la boca, llamarles, darles un abrazo y que con él se le fueran todos los malos

pensamientos pero no pudo hacer nada de eso.

Lo que sí hizo fue tragarse las lágrimas, abrir la puerta y salir de sus vidas para siempre.

Pasaron los años y los niños crecieron, y su madre se desdobló en dos, y pasada la pena salieron adelante los tres juntos y de la cara de Jose Manuel ya nadie se acordaba. De vez en cuando les llegaban noticias sobre si le habían visto en no sé qué ciudad, o no sé qué país, que si había rehecho su vida varias veces, que si ganaba tanto o gastaba cuanto... a ellos nada les importaba.

Un buen día llegó una carta sin remitente y dentro solo un papel con unas cuantas líneas:

“No supe ser hombre, ni supe ser niño, no supe pedir ayuda, ni supe pedir perdón pero lo que sí supe fue irme y dejaros, y con mi cobardía ofreceros el futuro que solo ella podía daros”.

Los tres hacía tiempo que le habían perdonado y habían entendido que su vida era sólo de ellos.

Aquellas palabras llegaban tarde, él había sido sólo un fantasma, lo que no se ha tenido ni se recuerda ni se odia.



# GALONES

El tiempo había pasado, aunque ella solo tenía el recuerdo de una noche muy larga, había evitado por todos los medios pensar, sentir... todo estaba envuelto en neblina, su memoria se había parado justo un momento antes de que su mundo girara.

Él había esperado pacientemente pero hoy su decisión no admitía titubeos. Con cuidado se había colado en el cuarto subiendo la persiana lo justo para que ella viera sus ojos, se acercó dulcemente a su oído y la susurró:

—Es el día, vamos.

Ella comprendió que no había un no por respuesta.

La mirada de él la envolvía de tal manera que consiguió que sus huesos se movieran y caminaran dejándose llevar.

Paso a paso y apoyada en sus brazos recobró el equilibrio tras la batalla perdida que marcaba un antes y un después. Había llegado la hora de hacer recuento y comprobar la devastación por ella misma, abrir los ojos ante la realidad, el degradado de rango.

No sabía lo que la esperaba, ni sabía si estaba segura de querer descubrirlo, ni siquiera sentía que estuviera preparada. Aún así, atravesó la puerta, la mano de él dio al interruptor y se hizo la luz.

Frente a ella, en el espejo, había una mujer que la miraba imponente en su desnudez, a pesar de la cicatriz que orgullosa le atravesaba el costado izquierdo.

—¿Por qué está tan digna si la han quitado un galón?

—Porque ha ganado la guerra, está viva y es hermosa. Ahora ves lo que yo veo cuando te miro.

Ella notó cómo la piel se ponía en pie, cómo su espalda se erguía y sus piernas se sujetaban al suelo. Volvió a mirar a esa mujer recorriendo todo su cuerpo.

La emoción inundó sus ojos y sonrió a esa imagen en el espejo y le dio las gracias por no haberse rendido, por haber aguantado, por no haberla dejado hundirse, por salvaguardar su corazón, su esencia, por haber ganado una insignia que la alentaría para siempre.

# LA CUERDA DE LA OBSESIÓN

El suceso corría como la pólvora por todos los noticiarios, en el periódico no se hablaba de otra cosa, la noticia de que un hombre se masturbaba delante de los carteles publicitarios de la ciudad les tenía a todos fascinados, todos querían conseguir la exclusiva, todos, menos yo.

Me parecía un asunto mórbido, un chiflado tocándose con carteles de mujeres y hombres en paños menores, ni siquiera tenía predilección por un sexo definido, un perturbado más dentro del zoológico de la sociedad actual. No, desde luego que no estaba interesado.

El jefe de sección salió de su despacho con su libretita en la mano, caminó hasta el centro de la sala ante las expectantes miradas de mis compañeros, bajó sus gafas y nos miró por encima de ellas, comprobando que estuviéramos todos. Era un hombre de la vieja escuela no cabía duda, sus

tirantes, su bigote, su calva incipiente, hasta su voz... parecía sacado de un cómic de periodistas.

—Alan tú te encargarás del asunto del vicioso —dicho esto se dio media vuelta y volvió a encerrarse en su cubículo.

Sentí todas las miradas sobre mí. No me gustaba aquello. Me levanté traspasando el muro de furia y envidia de mis colegas y me dirigí a su despacho. Entré sin llamar.

—Señor, creo que yo no soy el más adecuado para hacer ese artículo.

—¿De veras lo cree? —de nuevo la mirada por encima de las gafas— ¿Por qué?

—Porque no me interesa lo más mínimo.

—Vaya, sí que es franco... —dijo subiéndose las gafas con el índice—. Precisamente por eso es usted el idóneo para escribirlo. Ahora, si no le importa... estoy ocupado.

No había más discusión posible. Salí y cerré la puerta con un ligero portazo para que todos supieran mi descontento ante esa elección que yo no había pedido.

Sentado en mi escritorio me dispuse a recabar toda la información que teníamos de aquel sujeto. No me llevó mucho tiempo. Sólo se sabía que en las últimas noches varios escaparates y marquesinas habían amanecido cubiertas de semen y que un barrendero afirmaba haber visto la figura de un hombre delgado pero no esmirriado. Una descripción muy útil en una ciudad en la que el setenta y cinco por ciento de la población masculina era así debido al auge de la moda de los cuerpos perfectos, machacados en gimnasio y alimentados por comida saludable. Tracé un mapa de las zonas donde habían aparecido los restos de secreción y anoté un posible horario de actuación teniendo en cuenta la jornada de los barrenderos.

Me llamó la atención que nunca había perpetrado su fechoría en horario de fin de semana, podría ser porque fuera cuando trabajaba o porque, quién sabe, al hacerlo en estos días se podría aludir a simple vandalismo de borrachos. Lo que estaba claro era que aprovechaba las horas de menos

tránsito en la ciudad y se amparaba en la oscuridad de la noche. Además de loco, cobarde. Genial, este artículo sin duda me haría llegar a la cima de mi carrera. Miré el reloj, eran las seis y media de la tarde, me esperaba una noche movidita así que apagué mi ordenador y me levanté. Iría a casa a dormir un poco.

Veinte minutos después llegue al habitáculo que llamaba casa, un pequeño apartamento con salón-cocina, habitación y baño. Ventajas de vivir en el centro cerca del trabajo. Los olores del restaurante chino que tenía debajo invadían toda la estancia que lejos de abrirme el apetito me lo quitaban.

Tiré mi chaqueta y la mochila encima de la mesa que hacía las veces de escritorio y me tumbé en el sofá. No tenía sueño ¿quién podía dormir a esas horas?

Encendí la tele, un sinfín de programas concurso y debates del corazón sobrecargaron mis retinas. Volví a apagarla. Cogí mi portátil y busqué videos de exhibicionistas. Casi todos los tipejos tenían un aspecto sucio y tosco, pelo grasiento y barrigones, marginados que seguramente vivían en los sótanos de sus mamás y no habían visto de cerca el cuerpo de una mujer desde que hubieran sido amamantados. El otro tipo de pajilleros eran homosexuales disfrazados o ninis de nueva generación adoptando lo que ellos creían una actitud nihilista neo-punk, antisistemas absorbidos por el sistema... Ninguno encajaba dentro de aquel tipo delgado que no se mostraba en público.

¿Por qué de noche? ¿Por qué carteles publicitarios y maniqués y no personas reales? ¿Era algún nuevo tipo de protesta? ¿Sería un abanderado contra un mundo artificial? No había dejado ningún mensaje apocalíptico contra la humanidad, ninguno de los grupos contra el universo y sus políticas capitalistas se habían adjudicado la autoría... entonces ¿qué? ¿Quién era ese personaje que había saltado a la palestra escandalizando, entre comillas, a las personas aburridas de la ciudad? ¿Qué quería?

Pronto tendría ocasión de averiguarlo.

La alarma de mi móvil sonó, era la una de la madrugada y no había dormido nada. Estuve tentado de quedarme en casa y pasar del tema, pero cuánto antes averiguara quién era, antes escribiría mi artículo y antes podría dedicarme a algo más importante o, con un poco de suerte, menos asqueroso.

Abrí la nevera buscando algo que comer, pero además de un limón, un tupper con comida de encargo que no recordaba haber pedido, queso transformado en lonchas azules y una lata abierta de cerveza no hallé nada. Me preparé un café solo y picoteé de una caja de cereales algo rancios que encontré en la despensa, cogí la chaqueta de nuevo y salí en busca del maniaco.

La calle estaba desierta, se notaba que el verano había pasado y todo el mundo regresaba a sus rutinas. El fresco de la noche terminó de espabíllarme.

Me dirigí hacia una de las zonas comerciales, cada rincón de aquel lugar estaba atestado con imágenes de cuerpos moldeados, mujeres y hombres de catálogo incitando el instinto sexual de cualquiera. Era un buen sitio para esperarle.

Me cobijé bajo un portal un poco más alejado, comprobando que tenía buena visibilidad y encendí un cigarrillo. Luego otro, y otro, hasta que terminé la cajetilla. Habían pasado dos horas y allí no aparecía nadie. Escuché al camión de la basura acercarse, los basureros estaban hablando del mismo tipo.

—La pregunta que yo le haría si lo vemos es ¿Por qué hombres? Delante de los carteles de mujeres lo entiendo porque... me cago en la puta están pa' ello. ¿Pero hombres?

—A ver es un raro, si hubiera carteles de gatos en picardías seguro que también lo haría, lo que debería hacer es ir a un puticlub y pagar para que se le quiten los traumas, como la gente normal, estoy convencido de que es virgen.

Los dos hombres volvieron a subirse al camión que se alejó con su atronador ruido, dejando otra vez en silencio el lugar. La conversación de los barrenderos era de risa, tenían

las mismas preguntas que yo, debería encargarles a ellos la noticia y olvidarme, al fin y al cabo ellos trabajaban de noche y parecían conocer mejor el asunto.

Eché otra rápida ojeada al sitio, a parte de mí, allí no había nadie más. Decidí concluir mi investigación por esa noche, tenía congelados hasta los pelos del trasero.

Antes de volver a casa entré en un 24horas a comprar tabaco. Miré al chico detrás del mostrador y pensé que bien podía ser él, tenía cara de perturbado aunque si fuera él no estaría trabajando. Salí de allí y, por pura deformación profesional miré, otra vez en la dirección de las tiendas.

Ahí estaba plantado.

Delante de un escaparate con dos maniqués en ropa interior que parecían llamarle. Me escondí tras una esquina asomando la cabeza como un profesional. Efectivamente era un hombre bien formado, vestía una camisa azul y unos vaqueros. Giró la cabeza para cerciorarse que no había nadie a su alrededor y entonces se bajó la bragueta y comenzó a masturbarse. Saqué el móvil para grabarlo. ¿Qué otra cosa podía hacer? A través de la pantalla podía verle mejor, su rostro reflejaba un placer absoluto. No tardó mucho en acabar. Por lo menos era rápido, pensé. Se limpió la mano con un pañuelo desechable, se subió la cremallera y se fue.

Esperé unos minutos para salir de mi escondite improvisado y me acerqué al lugar del crimen. Ahí estaba su huella. Observé a los monigotes tras el cristal, eran una pareja de cuerpos de plástico en paños menores. No había nada que me llamara la atención. Ni siquiera tenían pelo ni color en sus rostros, me fijé en las prendas que llevaban, era ropa interior normal, nada de lencería fina ni erótica. Me encogí de hombros y regresé a casa.

Cuando llegué descargué el vídeo que había hecho. No se le veía la cara con nitidez, un perfil como el de otro cualquiera, no valdría para reconocerle, pero esa expresión de gozo, de pura satisfacción... apagué el ordenador y me fui a acostar.

Aparecí en la redacción hacia el mediodía, un sinfín de preguntas me aguardaban, todos querían saber si le había visto, cómo era, si había hablado con él...

—Investigación en curso, lo siento no puedo hablar —dije dándome importancia.

Ya que me habían encargado a la fuerza ese reportaje al menos disfrutaría del placer de tenerlos a todos expectantes.

—Alan, conmigo.—Seguí al jefe hasta su despacho, una vez allí cerró la puerta—. ¿Y bien? Ayer volvió a hacerlo espero que usted estuviera allí.

—Sí estaba, tuve que esperar casi tres horas pero le vi, tengo un vídeo.— Sus ojos se abrieron como platos—. Pero no se le ve el rostro. Aún tengo que investigar más, tengo algunos hilos de los que tirar... pero de momento no le puedo desvelar nada— mentí.

—Me gusta oír eso, bien vaya, vaya, haga lo que tenga que hacer. Quiero que seamos los primeros en conseguir averiguar quién es y aclarar sus motivos.

—Lo seremos. Pero para ello igual tengo que faltar al horario...

—Descuide, volveremos a hablar en unos días. Ahora...

—Está ocupado, lo sé... le traeré noticias en breve señor.

Me fui, dejando a mis compañeros con la intriga de saber qué tenía. Lo cierto era, que aparte del video no tenía gran cosa. Iría a casa a recabar información, pero antes decidí pasarme por el supermercado y comprar alimento.

De camino fui mirando todos los escaparates, haciendo una lista mental de cuáles escogería él. Tampoco saqué nada en claro, ninguno me parecía tentador. Lo único que me llamó la atención fue mi reflejo en ellos, era más que un espejo, era como otra realidad...

Entré en mi apartamento y después de guardar la comida en el congelador, todo lo que había acertado a comprar era comida precocinada, encendí el ordenador y me puse a buscar en páginas de psicología sobre trastornos sexuales, me aburrí soberanamente. Me lié un peta pensando que quizás



con la ayuda de la marihuana entendería mejor esos artículos de palabrería barata. En unos minutos comprobé que lo que me dieron fueron ganas de dormir. Me tumbé en el sofá con la tele puesta en una de esas series soporíferas de detectives.

La alarma me despertó con un sobresalto. Llevaba horas durmiendo, el estómago rugía. Saqué uno de los platillos y lo calenté en el microondas. Mientras lo zampaba pensé a donde me dirigiría hoy, no solía repetir el mismo escenario dos veces, pero tampoco tenía un patrón definido de lugares en los que masturbarse.

Opté por ir a la parte alta, ahí había muchas más tiendas. Me preparé un café que metí en un termo y comprobé que tenía tabaco suficiente para la espera. Cogí un taxi, luego lo pasaría como gasto.

Busqué un sitio donde estar oculto, pero con una buena perspectiva, y aguardé a que apareciera. Mi instinto no había fallado, al rato volví a ver su silueta. Pude verle mejor gracias a que la calle estaba bien iluminada, bendito poder adquisitivo. Debía de rondar mi edad, no creo que tuviera más de cuarenta, hoy vestía más informal, los mismos vaqueros pero con camiseta y sudadera. Inspeccionó el lugar eligiendo a su víctima. Vaya... vaya... así que no le valía cualquiera, era un sibarita.

Cuando hubo seleccionado, según su criterio, el sitio perfecto, comenzó con su ritual, primero comprobar que no hubiera nadie cerca, luego la bajada de bragueta y por último el final feliz. Yo le observaba pendiente de cada gesto o pista sobre quién era o por qué lo hacía. Pero no podía apartar la vista de su expresión facial. Era tan... placentera. Terminó, e hizo su segundo ritual, limpieza y a guardar el pajarito. Y se fue caminando con las manos en los bolsos, tan tranquilo, como si no acabara de pasar nada. Bien es cierto que era lo lógico, no se iba a ir dando brincos... aunque era un loco así que todo podría ser.

Esta vez me decidí a seguirle. Caminó un buen rato entre las calles desiertas hasta llegar a un bar de esos de

las películas de gánsters, que para mi sorpresa estaba relativamente cerca de mi domicilio. Me quedé en la entrada dilucidando si sería adecuado entrar o no. Mi corazón decía que sí, pero la razón ganó la pelea. Escribí en mi móvil el nombre del garito y regresé a casa.

Descargué el nuevo vídeo e imprimí varios pantallazos del sujeto y de los escaparates donde había dejado su huella. Los coloqué sobre la mesa y me quedé mirándolos fijamente intentando montar el rompecabezas.

Una cosa estaba clara, los niños no le gustaban, lo que era un alivio, no tenía ganas de meterme en el jardín de los pederastas aunque la noticia hubiera tenido más repercusión, por eso del morbo. Otro dato que sabía era que escogía imágenes de hombres y mujeres por igual, así que no era un machista, ni un homófobo, ni nada que estuviera relacionado con la predilección de género. Tampoco tenía pinta de marginado social, ni de retrasado mental... era a todas luces un tipo normal de clase media.

Volví a mirar su foto, su aspecto era similar al mío, la única diferencia es que él era un tarado con traumas y yo no.

Por tres noches más le seguí. Por algún azar del destino escogía bien las ubicaciones donde iba a aparecer. Por tres noches más le vi eyacular con infinito placer dibujado en su semblante, ante siluetas de plástico impotentes, para luego acudir a aquel antro de mala muerte. Por tres noches lo único que hice fue grabarle y seguirle como una sombra. Pero no había averiguado quién era ni qué le había impulsado a hacer lo que hacía.

Mi casa estaba empapelada con su rostro excitado y los lugares donde había dejado su impronta. Y en mi ordenador solo estaba escrito "Es un tipo corriente, limpio, y que se corre pronto". Obviamente no era algo que pudiera mostrarle al jefe.

Decidí que esa noche me quedaría en casa para intentar encarrilar el artículo. Ordené mis notas y comencé a teclear.

Teclear y borrar... teclear y borrar... Excepto una pregunta

“¿quién eres?”.

Miré el reloj, ya eran las seis de la mañana, ya se habría marchado. En un arranqué salí a la calle con el pijama puesto y me dirigí a otra de las zonas comerciales cercanas a mi domicilio. Busqué por los alrededores, nadie, pasé de tienda en tienda hasta hallar una de las que le gustaban, con sus queridos maniqués. Había estado allí.

Me quedé parado mirando el escaparate lleno de manchas blanquecinas, pensé en coger un poco de aquel líquido por lo del ADN y esas cosas, pero mi raciocinio volvió a salvarme. A, porque la policía ya lo habría hecho y B, porque era una guarrada.

Me vi en el cristal, en pijama y zapatillas, observando el semen de otro hombre, vi el rostro vacío de los maniqués, una sensación de agobio invadió todo mi cuerpo pero también... era ridículo. Yo estaba ridículo ahí plantado de esa guisa. Eché a correr a mi casa.

De un manotazo tiré todos los papeles que se quedaron diseminados por el suelo y me metí en la cama tapado con el edredón hasta las orejas. Me pasé la noche soñando con el rostro de ese tipejo asqueroso.

Una llamada me sacó de la pesadilla. Era del trabajo, querían saber cómo iba, el jefe empezaba a impacientarse.

—Voy bien, ya casi lo tengo, mañana iré por ahí... Sí, estoy bien. No, no me pasa nada. ¿Mi voz? estoy algo tomado, ya sabes, la investigación nocturna es lo que tiene. Lo haré, gracias. Hasta mañana.

Colgué y apagué el teléfono. Me volví a dormir, luego resolvería la mentira.

Desperté a la hora de siempre, a las tres y catorce, antes de que sonara la alarma, es increíble lo rápido que se adecua la mente a unos horarios. Comí algo, me vestí y salí al encuentro del hombre, hoy tenía que conseguir cualquier cosa. Tenía un plan, le abordaría directamente, le acorralaría a preguntas, le haría hablar y terminaría con todo aquello.

Hoy la suerte no me acompañaba, no había dado con el

lugar, o quizás hoy no hubiera salido, deseché esa idea y me dirigí al bar donde solía entrar después de desahogarse.

Me fumé un cigarro en la puerta, aunque por el olor que salía de dentro seguro que hacían la vista gorda respecto al tabaco y posiblemente otras cosas. Respiré hondo armándome de valor y entré.

En la esquina más oscura de la barra le encontré, acodado y agarrado a una copa de coñac. ¡Coñac! ¿Quién bebe coñac hoy en día? Seguro que lo hace por prepotencia, o por un trauma infantil, seguro que es lo que bebía su padre.

Me acerqué disimuladamente y me senté en la banqueta que estaba a su lado. Sonaba música suave, jazz o algo por el estilo. No habría más de cuatro o cinco personas dentro, ninguno hablaba. El camarero, un tipo grande y anodino, se acercó. Me pedí un whisky con cola y nada más dar el primer trago escuché su voz.

—El coñac mata mejor los bichos. —No entendí nada—. Disculpe, tiene pinta de querer acallar algo y tranquilizar el alma. Para eso lo mejor, el coñac —me volvió a decir sonriendo de medio lado.

—¿Eso es lo que hace usted? —Alzó su copa y dio un gran sorbo a modo de respuesta. Bien, ya había hecho contacto y parecía dispuesto a hablar, le tenía—. ¿Qué bichos quiere matar usted?

—Los mismos que cualquiera. —Se encogió de hombros y bebió un sorbo—. ¿Conoce usted algo de Samuel Jhonson?

No entendía a qué venía la pregunta, pero por si me llevaba a algún lado tenía que contestar y seguir charlando con él, además que conocía perfectamente a Samuel Jhonson.

Estuvimos hablando hasta que cerró el bar, enlazando un tema con otro, hacía años que no me pasaba... descubrí que era un tipo normal, es más, era un tipo culto y amigable, con una conversación fluida... Si no fuera por su asqueroso vicio no distaría mucho de ser como yo, no distaría de ser yo ¡qué coño!

Salimos del bar y él se despidió con un educado

—Encantado de conocerte, espero que volvamos a vernos, me ha hecho bien la conversación—. Y desapareció torciendo una esquina.

El sol estaba ya en su apogeo, estaba cansado y desconcertado. Necesitaba dormir un par de horas antes de acudir al trabajo y presentar... nada.

Este pensamiento me mantuvo en vela toda la noche... ¿Qué podría contar? Era un tipo pulcro, educado, culto... ¿Qué le habría llevado a cometer semejantes vejaciones? ¿Qué oscuro pasado tenía? No encontraba explicación lógica. Quizás no fuera él, podría ser sólo alguien que se le parecía. Era alguien tan normal, con unos gustos tan parecidos a los míos...

Salí de la cama, era absurdo permanecer ahí si no iba a pegar ojo. Me vestí y fui hasta la oficina. Por suerte el jefe no estaba, había salido a una reunión. Me senté en mi escritorio evitando hablar con la gente, intenté escribir algo. No me concentraba en nada. Alegué una gripe y me fui para casa, la noche en vela hizo más creíble mi embuste.

No podía sacarlo de mi cabeza, veía su imagen en todas partes, en los reflejos de los escaparates, parado a mi lado en los semáforos... Sentía que él estaba haciendo lo que llevaba haciendo yo con él desde hacía días. No podía dejar de preguntarme ¿Por qué? ¿Qué había pasado en su cabeza, qué trastorno tenía? Parecía alguien tan normal, tan... ¡cuerdo!

Me cautivaba, su rostro de placer pasaba por mi mente una y otra vez.

Bajé todas las persianas aunque lucía un espléndido sol, y cerré la puerta con llave. Tenía una extraña sensación de miedo, de angustia. Me lié un peta y me tumbé en el sofá poniendo la tele al máximo, tenía que acallar esos pensamientos..." El coñac es lo que mejor mata los bichos" ¿Tendría coñac en casa? ¡Por supuesto que no! ¿Qué hago yo con coñac en casa? ¿Qué estupideces estaba pensando?

Me metí a la ducha acompañado por la radio y las voces que salían de la tele del salón. Me di una ducha de agua

caliente, larga, no sé ni cuánto tiempo estuve debajo del chorro... ¡Ah el agua!

Me fui a la habitación, dispuesto a meterme en la cama y dar por terminado el día de hoy... pero al pasar por el espejo del pasillo... me paré y me mire detenidamente.

Era un tío agraciado, de buen ver, no me podía quejar. Observé todo mi cuerpo y fui notando como se intensificaba el calor, la tensión, tenía el miembro erecto. Lo miré en todo su esplendor, me lo agarré y comencé a cascármela, ahí mismo, delante del espejo.

Sentía un inmenso placer, placer que hacía tiempo no sentía... No tardé mucho en culminar, dejando el espejo con hilos blancos que resbalaban por su superficie creando manchas que emborronaban mi imagen.

“No distaría mucho de ser como yo, no distaría de ser yo...”

Había traspasado la línea, era parte de mí. Me vestí y salí a la calle, caminé hasta la zona comercial de la primera noche, me puse delante del escaparate y experimenté el mismo goce, vi mi imagen reflejada, vi la cara de placer absoluto.

# ANSIEDAD

Ahí estaba esa puerta. Imponente.

Jan la observaba preguntándose cómo había llegado allí, miró hacia atrás y solo alcanzó a ver un estrecho hueco horadado en la pared del que no salía ni un ápice de luz.

Escuchó atentamente. A lo lejos, muy a lo lejos, captó un murmullo de voces, demasiado lejanas como para entender de qué hablaban. Volvió a mirar la puerta. Algo en su interior le decía que su única salida era cruzarla. Pero no tenía pomo ni cerradura.

Dio unos pasos hacia adelante y acercó la antorcha que tenía en su mano. Por un segundo se preguntó si la había llevado todo el tiempo, no podía recordarlo con certeza. Movi6 la cabeza desechando cualquier rastro de duda y volvió a mirar la puerta. Estaba hecha de una madera maciza con relieves dorados, su dintel, de una especie de metal, tenía grabado una inscripción en un lenguaje que no reconocía. No sabía qué hacer.

Probó a empujarla, a veces la solución más simple es la correcta, pero la puerta no se movió. Acercó entonces el fuego de la antorcha hacía los trozos de madera visible, pero solo consiguió que se ennegrecieran ligeramente.

De pronto la sala se llenó de polvo tras un ruido ensordecedor. Apuntó la antorcha hacia el agujero y vio que éste estaba tapado por una enorme piedra. Corrió hacia ella y trató de apartarla, era inútil, era demasiado grande y pesada.

Miró a su alrededor percatándose de que estaba encerrado, la única entrada de oxígeno era aquella abertura que ahora se encontraba bloqueada. Su única salida era esa enorme puerta que no tenía ni idea de cómo abrir.

Se acercó a una de las paredes de piedra buscando algún resorte o alguna pista que le dijese cómo abrirla. En su interior le pareció notar una cuenta atrás cuyo final era su propia vida. Palpó cada palmo al que pudo llegar sin hallar nada que le ayudase.

El aire comenzaba a viciarse, sudaba profusamente, en una mezcla de calor y adrenalina.

Desesperado pateó la puerta como un niño pequeño en una rabieta, hasta que cayó sin fuerzas, quedándose de rodillas frente aquella inmensa mole que le separaba de la vida, su propia vida.

El calor de la antorcha que aún sujetaba con fuerza, le estaba quemando el rostro, pero no podía apartarla, la agarraba con la misma fuerza con la que te aferras a un clavo ardiendo mientras cuelgas de un abismo. Era lo único que le mantenía cuerdo, lo único que le parecía real de todo aquello, ese fuego crepitando a pocos centímetros de su cara.

Permaneció postrado en esa postura mirando el chisporroteo del fuego largo rato, intentando vaciar su mente, apartando la angustia para poder pensar con claridad. Rebuscó en lo más hondo de su memoria, no lograba acordarse de qué hacía allí ni cómo había llegado a estar encerrado en aquel lugar, trató de pensar en los libros que había leído, las películas que había visto, ¿cómo se escapaban los protagonistas de estas situaciones? No halló respuesta alguna, lo único que le vino a la mente fue una clase de química en la que el profesor explicaba cómo era posible el fuego



—Para mantener una combustión necesitamos como mínimo 16% de oxígeno—. Acto seguido apagó la antorcha.

Jan estaba completamente a oscuras, empapado en su propio sudor, notaba como el oxígeno comenzaba a escasear, sus pulmones se contraían produciéndole un dolor sordo en el pecho, sus pulsaciones pasaron de ser tambores de guerra a leves latidos espaciados. Sabía que se moría, no podía quedarle mucho tiempo. Pensó en golpearse la cabeza contra la pared de piedra y acabar con la agonía, pero no tenía fuerzas para levantarse. Se preparó para lo inevitable.

Su mente empezó a recordar de pronto todos los momentos en los que se había sentido atrapado, todas las personas que le habían infringido dolor, la ansiedad que todo aquello le había provocado, su vida había estado marcada por ese sentimiento de ahogo constante impidiéndole vivir plenamente.

Era curioso, que en ese momento, antes de abandonar su existencia, no sintiera ansiedad. Éste hecho le hizo sonreír internamente y desde lo más profundo de su ser fue perdonando a todo aquél que le causó daño alguno y sobre todo se disculpó consigo mismo. Uno a uno les fue dando las gracias a todos, pues de todos había aprendido algo, de lo bueno y de lo malo.

Y sintió paz.

Sus recuerdos se fueron tornando luminosos, su memoria empezó a apartar las sombras y dejó ver esas imágenes de su infancia y juventud con claridad, parecía otra vida diferente a la suya. No sentía miedo ni dolor.

Estaba preparado para morir, sintió como el corazón se paraba, como el aire dejaba de entrar en sus pulmones, como su mente se vaciaba por completo, como su cuerpo se volvía liviano... entonces una luz cegadora traspasó sus párpados cerrados, oyó los goznes de la puerta girar y su rostro dibujó una amplia sonrisa justo antes de sentir un peso frío en su pecho que le aplastaba hacia abajo para luego subirle.

—Lo conseguiste amigo. Aunque nos tuviste preocupados.

—Una voz aguda se coló en sus oídos devolviéndole a la realidad—. El experimento ha sido todo un éxito.

Entre abrió los ojos y pudo distinguir a dos hombres de bata blanca frente a ella, su mente se volvió clara y recordó que estaba en un hospital, que se había sometido voluntariamente a una prueba psicológica y que por lo visto había salido victorioso.

—¿Cómo te encuentras Jan? —preguntó amablemente otra voz.

—Con ganas de vivir.

# EL FUNERAL

El ataúd salía por la puerta con un ligero vaivén debido al ritmo marcial de sus portadores.

El sol lucía fuera iluminando toda la calle, contrastando con los rostros lúgubres y llorosos de los amigos y familiares que esperaban en el exterior para dar su último adiós. Los sollozos y lamentaciones conformaban una letanía con cierto ritmo, el oxígeno de los suspiros era pesado, el ambiente solemne y comedido.

Cuando la pena estaba llegando a su clímax, del fondo de la calle se escuchó una trompeta que tímidamente comenzó a subir sus alegres notas tapando cualquier otro sonido.

Todos los allí presentes sintieron cómo esa melodía se les iba metiendo por cada poro de su piel hasta juntarse con sus propios latidos, el rictus de sus rostros cambió, subiendo ligeramente la línea de sus bocas.

—¡Así era él, chico! —Una mujer madura de mirada triste se giró al joven trompetista—. Gracias por recordárnoslo—. Luego se giró nuevamente y con los ojos le pidió a otra mujer que hiciera su magia. Ésta recogió el guante y de su boca salieron las palabras que la trompeta marcaba.

En unos segundos todos se unieron soltando su pena a través de palmadas y cánticos acompañados por armónicos movimientos corporales. Los rayos de sol empastaban ahora perfectamente con la algarabía de la danza.

Christofer era un hombre bueno y sencillo, vivía para la música, creía en ella y sentía la imperiosa necesidad de compartirla, todo lo que sabía se lo había enseñado su padre, aunque, a diferencia de él, sus notas eran más alegres y emotivas. Explicaba que a través de la melodía podías cambiar los sentimientos de las personas, hacerles reflexionar,

animarles el corazón, darles esperanza en los días nublados.

Eso es lo que él hacía con toda la gente que se cruzaba, les llenaba el alma de luz.

Cuando alguien se encontraba apesadumbrado acudía a Cristófer buscando consuelo que se lo daba en forma de concierto privado durante el tiempo que necesitara. No esperaba nada a cambio, ni gratitud, ni alabanzas, ni dinero, sólo sus instrumentos y tu tiempo para llenarte los oídos de música.

Aquel muchacho de la trompeta lo sabía. Soplaba cada nota con el aire de las enseñanzas de su maestro, consiguiendo transformar un acto de dolor en una expresión de felicidad por haberle conocido. Era todo un espectáculo ver a los congregados al funeral bailando y riendo alrededor de la caja de roble, pero era lo que él hubiera querido.

La melodía llegaba a su fin pero en vez de bajar y cortar la última nota el trompetista la elevó a lo más alto y la mantuvo ahí dejando en todos una reverberación de la propia armonía, hasta que se hizo el silencio. El coche fúnebre arrancó pero ya nadie lo miraba, todos tenían los ojos clavados en el cielo.

Le despidieron con el corazón lleno de esperanza y amor, sus ojos reflejaban un profundo respeto. Y así acudieron a sus hogares sin sentir el vacío de su ausencia porque sabían que siempre que le echaran en falta, sólo necesitarían entonar una canción y ahí le encontrarían de nuevo.

## AL FINAL SILENCIO

—¡Buenos días amigos! Hace un día espléndido, veinte grados y son las nueve de la mañana.

La voz que salía del transistor despertó a Adam. Yacía bocarriba y semidesnudo sobre la cama. Alargó el brazo y de un golpe quitó el ruido, o al menos eso buscaba. Se incorporó despacio, sin dejar de mirar a la ventana abierta, susurrando para nadie.

—Un día más. Un día más...

Perezoso, salió de la cama y se dirigió al baño, allí estaba él, otra vez, en el pequeño espejo del baño, el reflejo de su propio rostro. Se contempló en él durante un rato, palpando los rasgos que veía.

—Tú no eres tú. —se dijo sin dejar de mirarse—. ¿En qué me he convertido? Soy una alimaña sin sentimientos, me pagan por matar...

Estaba tan absorto en sus pensamientos que no había prestado atención al sonido que llegaba de la habitación, el teléfono sonaba con insistencia. Aquel ruido le devolvió a la realidad, su realidad. El teléfono seguía insistiendo hasta que no tuvo más remedio que responder para silenciarlo.

—Adam —respondió una voz ronca al otro lado del auricular.

—Sí, qué pasa.

—Acércate por aquí. Hay trabajo.

—Está bien, ¿a media tarde?

La respuesta nunca llegó, sólo recibió un chasquido al otro lado y después el pitido intermitente de la línea. Colgó con rabia y tomó uno de los últimos cigarrillos de la cajetilla

blanda que tenía sobre la mesa. Regresó al baño exhalando el humo profundamente mientras volvía a perderse en sus pensamientos, se movía casi como un autómatas, abrió el armario y tomó la cuchilla de afeitar.

—¿Por qué no seré capaz de ponérmela en el cuello y acabar con todo esto?

Las sombras de la pequeña habitación se fueron alargando según pasaban las horas del día, la calle estaba en silencio pero el ruido no cesaba en su cabeza. Paseaba por la casa como un león enjaulado, las manecillas del reloj no se movían. Cuando toda la sala se cubrió de penumbra supo que había caído la tarde. Salió del apartamento con las llaves en las manos y el pensamiento de siempre.

—Esta será la última vez que cierre esta puerta.

Caminó por la calle con pasos firmes y seguros, deseando titubear en algún momento. No era posible. Sería humano. Pero sólo era un depredador en busca de su presa, así de cruel era la naturaleza.

Avanzó por la calle deseando que alguno de los rostros con los que se cruzaba le detuviese, que algún otro ser humano leyese su mente y tuviera el valor de hacer algo. Sólo veía rostros preocupados, apresurados. Nadie le detuvo.

El sol ya se había puesto sobre las azoteas cuando llegó a un destartado portal con verjas de la periferia. Estaba abierto. Un ascensor con pintadas le llevó al tercer piso.

Tocó el timbre de la puerta A. No hubo respuesta. Tras unos minutos de silencio las manos le empezaron a sudar. ¡No podía permitirselo! Una voz ronca respondió al otro lado.

—Va, un momento.

Bajo el umbral, un hombre de mediana edad le cortaba el paso.

—Adam. Adelante.

—¿Estás solo?

—Sí. Ponte cómodo.

Tomó asiento en un sofá junto a una estufa eléctrica.

Estaba relajado, tenía las manos secas. La voz ronca le lanzó sobre las piernas unas fotografías.

—¿Los conoces?

Se tomó unos segundos para responder.

—No, ¿quiénes son?

—Sus nombres no te importan, solo sus caras.

—Está bien, ¿qué tengo que hacer?

—Lo de siempre.

Volvió a lanzarle una carpeta cerrada.

—Aquí tienes todas las instrucciones y parte del dinero, el resto al terminar el trabajo —Y entonces la voz desapareció por el largo pasillo—. Ahora, vete.

Abandonó la periferia y llegó a un antiguo salón de té convertido ahora en el “Café de Tony”. Conservaba todo el sabor de mil novecientos. La puerta giratoria le introdujo en un ambiente decadente pero cálido. El olor a buen café le reconfortó. Tomó asiento en una pequeña mesa del fondo y pronto apareció “Tony”.

—¿Lo de siempre?

—Sí.

Se quitó la chaqueta doblándola meticulosamente sobre la mesa. Abrió la carpeta y leyó su contenido, absorbiendo cada palabra. Tony regresó sirviendo una taza humeante de café y una copa de Brandy. Bebía a pequeños sorbos, con la mirada perdida, casi adormecido por el olor del café.

El sol finalmente terminó por ocultarse y la noche tomó la ciudad, una vez más.

Miro el reloj y bebió el brandy de un trago. Volvió a ponerse la chaqueta con la misma lentitud de antes, soltó unas monedas en la barra y con un gesto de adiós se adentró de nuevo en la puerta giratoria. La calle estaba oscura.

Se detuvo, introduciendo la mano en el bolsillo de la chaqueta, sintiendo el frío metal de una pistola con silenciador, encendió un cigarrillo y empezó a caminar deprisa, igual que los rostros con los que antes se había cruzado, ya no había nada en su mente, sólo el trabajo.

Cruzó la ciudad a grandes zancadas, hasta que al llegar a un pequeño restaurante aminoró la marcha. Pasó de largo, comprobando su interior.

Todo era correcto. Entró con calma y se sentó frente a una mesa ocupada por tres comensales. Había pocos clientes.

— ¿Que va a tomar el señor?

—Un whisky con hielo.

Era un águila observando a sus presas. Bebió mientras estudiaba cada rincón de la sala, hasta que uno de los comensales se levantó para ir al servicio. Lo siguió y antes de que abriera la puerta le disparó en la nuca causando un zumbido sordo con el silenciador. Arrastró el cuerpo al interior del baño y abandonó los servicios con calma.

Sin que nadie pudiera reaccionar disparó a bocajarro a sus dos víctimas restantes y volvió a la calle. Una carrera, un par de giros sin dejar de mirar atrás, varios callejones y algunas calles más allá por fin estaba a salvo. Paró un taxi y, casi sin aliento, le dio la dirección de su apartamento. Sintió la mirada del conductor a través del retrovisor, pero Adam ya estaba sereno.

Pronto estuvo de nuevo frente al espejo del pequeño armario, con el reflejo de su rostro, parecía extrañamente deformado. De nuevo el ruido. Sólo pudo gritar para callarlo.

—¡No soy yo! ¡No soy yo!

Abrió el armario con furia para no verse. Pero entonces vio cientos de rostros, mirándole desde fotografías teñidas de rojo, las reconocía todas, hasta que en una de ellas descubrió su propio rostro. Había gritos, lloros, lamentos rodeándole, aturdiéndole, se sentía mareado, asqueado... hasta que frenó el vómito que le ascendía por la garganta. Apretó los puños, tensionando los brazos, la mandíbula.

—Es trabajo -dijo firmemente.

Había sangre manchando el lavabo y las paredes. Salió del baño calmado y regresó con una toalla. La colocó cubriendo el espejo, se lavó las manos y se fue a dormir.

Por fin, silencio...



## EL ÚLTIMO TREN

Nadie recordaba cuánto tiempo llevaba aquel hombre sentado en el banco de la estación viendo pasar trenes. Pasaba uno, y otro, y otro más, pero nunca cogía ninguno, sólo esperaba.

Un día no pude contener más mi curiosidad y le pregunté.

—Disculpe mi atrevimiento, pero... ¿por qué no coge usted ningún tren?

—Porque ninguno me parece lo suficientemente perfecto como para que me suba. Y si lo fuese, tampoco tendría claro si quiero ir en una dirección o en la otra.

—Un día dejarán de pasar trenes y ya no podrá ir a ningún sitio.

—Eso, querido amigo desconocido —me dijo—, me parece una tontería. Mientras exista la vía seguirán pasando trenes, pues tal es su propósito.

—Esa, querido amigo desconocido —le contesté—, me parece una magnífica excusa para no moverse.

Un día aquel hombre alzó la vista y miró más allá de las vías del tren. Al otro lado sus ojos se perdieron en un horizonte inmenso, allá por donde el Sol salía todas las mañanas. Sin más, sin pensar, movido por un impulso, se levantó y empezó a caminar. Lo vi cruzar las vías y desaparecer rumbo hacia el atardecer.

Me lo volví a encontrar tiempo después esperando en una estación, en otro lugar, sentado en un banco.

—Disculpe mi atrevimiento —le dije en esa ocasión— ¿por qué decidió al final no coger ningún tren?

—Después de mucho pensar, un día alcé la vista

y comprendí que ante mí tenía todo un horizonte de posibilidades, mientras que el tren estaba limitado por la propia vía. Así que empecé a caminar. Encontré problemas y personas, que caminaban buscando lo mismo que yo. Y al final del viaje, me encontré a mí mismo.

—¿Pero entonces qué hace aquí de nuevo, esperando?

—Ahora ya sé a dónde quiero ir, por eso sé el tren al que debo subir.

Y así fue que aquel hombre subió por fin a su vagón y tomó asiento. Era el primer tren de la mañana.

# MUÑECA

No sé cuándo me di cuenta, ni qué fue exactamente lo que hizo que se me abrieran los ojos, no recuerdo el día, ni la hora, pero sí recuerdo dónde estaba y qué estaba haciendo, y sobre todo recuerdo la sensación, la horrible y angustiada sensación que apoderándose de mí de improviso hizo que los acontecimientos se precipitaran sin remedio.

Me encontraba en el baño, limpiando, realizando la tarea como todos los días, autómata, mecánica, silenciosa. Procurando no hacer ruido.

Cuando de pronto, un bicho me picó en la cara causando un dolor agudo, por impulso dirigí mi mano derecha hacia el lugar de la hinchazón y sin querer tiré al suelo el espejo de aumento de la repisa.

Se rompió en varios trozos geométricos, puntiagudos y de bordes angulosos, pero no saltó en mil pedazos, se cayó y se rompió sin apenas moverse de su sitio, de su forma.

Me agaché a recogerlo y me vi, mi rostro en ese espejo rajado, devolviéndome una cara igualmente cortada, trozos de piel y huesos resquebrajados, ojos separados de mirada apagada, un rostro de Picasso.

Oí sus pasos veloces por el pasillo, pasos que avisaban de su enfado.

—¡Por Dios! ¿Qué has hecho esta vez? Silencio, necesito silencio ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Necesito estar tranquilo para poder concentrarme en mi trabajo.

—Lo sé, lo siento —dije en un susurro—. El espejo se cayó.

—Pues ya sabes, ya tienes siete años de mala suerte, torpe

y gafe, espero que no eso no me afecte en mi reunión de mañana.

—Lo sé, no te preocupes, no creo que sea contagioso.

—Vaya hoy estás graciosa. Recógelo pronto no me vaya encima a cortar. Me vuelvo al despacho, y por favor procura, por lo que más quieras, no hacer más ruido. Ningún ruido, nada. Silencio... ¡Shhh!

Le escuché refunfuñar mientras se alejaba. El golpe de la puerta del despacho al cerrarse retumbó todos mis cimientos.

Recogí uno a uno y con cuidado los trozos del espejo y los deposité en la papelera.

Fue entonces cuando me invadió esa sensación. Noté como me ardía la piel, como se me encogía el pecho, un grito se ahogó en mi garganta y las lágrimas se amontonaron en mis pupilas. Con un brazo me rodee el vientre y con el otro tapé mi boca.

Por unos segundos no logré respirar. Y me asusté. Tambaleando llegué a la cocina, abrí la ventana dejando que el frío de Febrero penetrara por todos mis poros, cambiando un temblor por otro.

Intenté serenarme, seguir con mis tareas pero una idea no se iba de mi cabeza.

¿Podría la mala suerte ser retroactiva? En unos días sería nuestro séptimo aniversario, siete años... ¿o podría tal vez un acto supersticioso mutarse en positivo al multiplicarse con otro hecho negativo?

Mi mente viajó al pasado, a aquel primer día en que nos habíamos tropezado en la biblioteca de la universidad, los libros cayeron al suelo y nuestras cabezas chocaron al recogerlos. Entre sus textos estaba “Casa de muñecas” de Ibsen. Me sorprendió.

—Soy compositor y me han encargado que escriba la música de esta obra.

Me enamoré al instante. De sus ojos verdes, de su voz profunda y sobre todo de la sensibilidad que le otorgué al escribir música. Desde ese día, le veneré. Viviendo a la

sombra de sus composiciones, apoyando cada acto, siendo la mejor compañía. La muñeca que agarras de la muñeca.

En cada nota que creaba yo veía perfección y armonía, tapaba así las palabras que en nada se parecían a sus obras. Me convertí en un papiro de sus borrones.

De pronto, ¡lo vi tan claro todo! Como si hubiera salido fuera de mí y pudiera verme con los ojos de otra persona. Supe al instante lo que debía hacer.

Lo más extraño es que no sentí nada, ni miedo, ni alegría, nada.

Terminé de hacer las tareas, con tranquilidad, preparé la comida y puse la mesa para uno, encima del plato le dejé una nota “Adiós. Nora.” Me pareció que firmar con el nombre de la protagonista de aquella obra que nos unió cerraba bastante bien nuestro capítulo, ya que con ella había comenzado todo y así lo entendería. Era justo finalizar de la misma forma.

# TODOS SOMOS IGUALES

Queríamos ser todos iguales, para ello se le dio poder a los estados y así garantizar una seguridad.

Primero controlaron la violencia y el odio, se prohibieron las imágenes a favor de los fascismos y el terrorismo.

Después persiguieron la discriminación contra cualquiera que fuera diferente por su sexo, raza, clase o condición física.

Todos teníamos que ser iguales, así que se retiraron los símbolos políticos, las imágenes religiosas y las banderas.

Luego quitaron las expresiones artísticas. Se guardaron los cuadros, los libros, la música fue silenciada y por último borraron todos los colores del mundo.

Todos somos iguales... todo es igual.

## LA PRIMERA COMUNIÓN

—Es idiota.

—¿Quién, tú?

—No, ella. La profesora, es idiota.

—Ah, lo de siempre...

—Me tiene manía.

Las dos niñas caminaban de vuelta a casa, cada mediodía hacían el mismo recorrido al salir de la escuela.

—No te tiene manía, es que no la entiendes.

—No, es que es idiota. No quiero hacer la estúpida comunión porque yo no creo en nada de eso.

—Pues eso te digo, que no lo entiendes, por eso piensas que no crees—. Odiaba cuando su amiga se ponía en ese plan, y más al pensar que todo el mundo a su alrededor parecía verlo igual—. Tú llamas a las cosas de una forma y ella de otra, y hasta que no empieces a escuchar lo que te dice no la vas a entender.

—Lo que tú digas, pero yo no creo.

—Pero ¿no crees en qué? Si es que no se trata de creer o no creer, sino de mirar al sitio adecuado, y eso llega cuando tiene que llegar, no tienes que forzarte en creer nada, surge en el momento menos pensado. Es como cuando se encajan las piezas de un puzle y de pronto ves el dibujo. Y sólo pasa cuando dejas de culpar a los demás y empiezas a mirar dentro de ti.

—¿A ti te ha sucedido? ¿Cómo fue?

—Haciendo pis—. Aquella respuesta era la última que esperaba recibir—. Estaba sentada en la taza escuchando el chorro y de pronto pensé que, por mucho pis que haga, nunca me voy a quedar completamente vacía de pis.

—Estás mal de la cabeza.

—Piénsalo. Eso significa que el pis de la primera vez que bebí agua se mezcla con el pis del agua que he bebido hoy y del agua que beberé cuando sea vieja. ¡Es todo el mismo pis! Y luego, entonces, empecé a pensar en que el pis se va por la tubería, y se va al mar, y se evapora, y cae en las montañas y lo volvemos a beber. Y así fue como, sin buscarlo, de pronto lo entendí.

—Y yo estoy peor por escucharte.

Se despidió de su amiga con un bufido, estaba enfada, o más bien frustrada, y en realidad no era con su compañera ni con la profesora, sino consigo misma.

Aceptar aquello la hizo sentir mejor porque en cierta manera significaba que lo podía controlar. En realidad le fastidiaba que todas su compañeras parecían entenderlo menos ella. La profesora solía repetir siempre el mismo discurso y a ella le aburría hasta el extremo de odiarla, desconectaba y terminaba recibiendo una reprimenda. Realmente la profesora no le tenía manía, más bien ella la provocaba, aunque eso no quitaba que fuera una idiota que no sabía hacerse entender

Caminaba perdida en sus pensamientos, cada vez más adentro, olvidándose del exterior, de culpas y de juicios, y así sin darse cuenta dejó de pensar y comenzó a sentir. Se vio a ella misma dentro de una burbuja, una esfera de luz con muchos colores que no se podían tocar, sólo observar. Dentro había comodidad, todo era plácido y cálido, era su espacio.

Fuera de la burbuja esa sensación desaparecía. Allí había más personas, cada cual con su propia burbuja. Ninguna era igual, algunas eran grandes y otras minúsculas, pálidas o brillantes, grises unas y otras llenas de colores que no podía ni siquiera llegar a nombrar.

La pequeña se había quedado casi hipnotizada con aquel baile de luces, caminaba absorta contemplando el mundo, hasta que un transeúnte frente a ella la hizo reaccionar.

Venía en dirección contraria, dentro de una enorme



burbuja multicolor tan grande que no dejaba espacio en la acera para nadie más, la colisión era inevitable.

Entraron en contacto pero no hubo choque sino que los colores se fundieron unos con otros, generando nuevos tonos y, durante un breve instante, los espacios se compartieron con luces únicas.

Aquel hombre pasó a su lado y cruzaron una fugaz mirada de reojo, casi parecía sonreír. Se alejó dejando tras de sí una estela, como hilos de colores que mostraban de dónde venían, el mismo hilo que se prolongaba hacia adelante mostrando el camino que habían de seguir las burbujas, como si fueran raíles.

Observó que todas las esferas desprendían aquellos filamentos, incluso ella también los tenía. Parecía como si su camino estuviese establecido, sin embargo era el mismo camino que ella quería seguir. El camino de vuelta a casa, el de todos los mediodías, muerta de hambre.

La experiencia cesó cuando pensó en el plato de pasta caliente que ya estaría esperando en la mesa. Le contó emocionada a su madre la extraña experiencia que había experimentado y ella se alegró de que su hija por fin se hubiese librado de aquella venda que la estaba amargando en las últimas semanas previas a la comunión.

Al día siguiente la profesora hablaba a los padres durante la ceremonia. Ellos escuchaban orgullosos de ver a sus hijos entrar en la complicada aventura de la madurez.

—El ritual que hoy aquí realizamos es un paso natural en todo ser vivo. Celebramos, en compañía de nuestros seres queridos, que somos conscientes de formar parte de la naturaleza tanto como ella forma parte de nosotros—. Todos los niños estaban alrededor de un gran roble plantado en el centro del jardín, descalzos—. Hace miles de años el mundo estaba cubierto de asfalto y hormigón. Por aquel entonces las personas caminaban con los pies calzados, separando su piel de la tierra con suelas de goma. No tenían contacto directo con la naturaleza y las corrientes electromagnéticas

del planeta no fluían a través de ellos—. Observaba a su profesora hablar, la seguía odiando por ser igual de pesada pero ya no se sentía mal por ello—. Con este ritual recordamos la importancia de estar en comunión con el planeta que habitamos. Nos guste o no, los actos de los seres que en él habitan nos afectan a nosotros tanto como nosotros les afectamos a ellos. Les definimos y nos definen. Por eso les damos gracias, a los que nos ayudan y los que nos causan mal —dijo esto último dedicándole una sonrisa cómplice, por un instante compartieron el chiste y las dos disimularon una sonrisa—, a todos ellos les damos gracias por hacernos lo que somos.

Terminó de hablar e hizo un gesto a los niños, todos dieron un paso al frente y después se arrodillaron. Extendieron la palma de la mano, tocando la tierra. Un latigazo de imágenes le recorrió el cuerpo al entrar en contacto con el suelo húmedo. Las raíces del árbol, las hojas, los animales, las montañas, los humanos, el viento y el mar, todo se dibujó en su cabeza al mismo tiempo, como un puzle que tomaba forma descubriendo la imagen partida en mil piezas.

—Enhorabuena. Habéis entrado en la madurez.

# LA MELODÍA

Veía sus lágrimas caer, temblar su piel como si todo el frío del mundo la envolviera sólo a ella. ¡Se veía tan frágil!

Era curioso cómo ahora la percibía tan pequeña, hasta hace poco él la contemplaba desde abajo como si fuera un gigante que pudiera con todo. Y ahora se había hecho pequeña, él era quien la miraba desde arriba, quién la abrazaba. No sólo porque fuera más alto que ella, si no porque su cabeza se había parado en algún momento de su historia. Era una niña que todos los días descubría algo nuevo, aunque fuera lo mismo una y otra vez, sus recuerdos se habían borrado, cada amanecer era como volver a nacer. Pero no era poético, no era bonito.

A él le había costado mucho aceptarlo, asumir y comprender que su madre ya no era su madre, que no se acordaba de cuándo le llevaba al parque, ni de su plato favorito, ni de su graduación, ni de su boda, ni de sus nietos... no se acordaba de sus recuerdos, ni de los suyos propios.

Algunas cosas era bueno no rememorarlas, eso pensaba al principio, pero ahora que no sabía ni su nombre preferiría que se acordara de todo, de lo malo y de lo bueno.

Cada vez que iba a verla volvía a casa frustrado, quería que supiera que era su hijo, que iba a verla, hablar con su madre no con una mujer que le miraba como a un extraño.

Eso los días buenos, los malos ni siquiera se acercaba a saludarle. Pasaba a su lado sin mirarle y él tenía que irse por

donde había venido.

Las últimas tres veces que había ido a verla había pasado exactamente lo mismo, no había conseguido ni que le mirara. Después de eso decidió no ir más.

Cuatro meses tardó en volver.

—Total ¿para qué voy a ir si no sabe que he estado, si no se da cuenta de nada, ni de que soy su hijo, ni de que estoy ahí? —contestaba malhumorado cuándo alguien le preguntaba.

Pero hoy, hoy se sentía esperanzado. La otra noche estaba durmiendo a su hija pequeña, un bebé de apenas siete meses, le cantaba una canción y la niña le sonreía al escucharle.

—Mira como reconoce la voz de su papá —dijo su mujer.

Se le encendió una bombilla, la niña no reconocía las palabras, pero sí sentía quién las decía y qué significado tenía la música. Sabía de algún modo que al escuchar una canción se tiene que dormir, calmarse o sonreír. Entendía el sentido de la melodía.

Su madre era ahora una niña, no podía esperar de ella una comprensión adulta.

Así que desempolvó su vieja guitarra, aquella que le regaló cuando cumplió los quince, aquella que aporreó hasta la saciedad levantándole dolor de cabeza durante los siete años siguientes hasta que se independizó; La guitarra que recuperó al deshacer la casa de su madre, la que guardó en el trastero sin mucha ceremonia.

La cogió y se encaminó a la residencia.

Todo el camino fue concentrado en que su madre tuviera un día bueno y le dejara hablar con ella. Pero al llegar allí ella no le dejó ni acercarse.

—Lo siento, lleva una temporada peor, ya casi ni sale de su cuarto. Vuelva otro día, quizás tenga más suerte —le dijo la enfermera encogiéndose de hombros.

Estuvo tentado a hacerlo, pero al darse la vuelta la guitarra chocó contra un banco haciendo que sonara y ella se giró curiosa.

Él agarró el instrumento, notando un sudor frío que le recorría la espalda, pero tenía que hacerlo, era ahora o nunca, sabía que si se iba quizás nunca volviera.

Comenzó a aporrearla y a cantar una vieja canción que había hecho para su madre hacía muchos años, no sonaba bien, nada bien, parecía un gato al que le han pisado la cola, y la guitarra estaba desafinada por completo, pero no importaba, tenía que seguir. Ella se fue acercando poco a poco hasta estar junto a él.

—Suenan horrible—dijo ella, y él dejó de tocar.

—Lo siento, ya me voy.

—No, me encanta hijo, suenan horrible pero es preciosa. —Y le mostró una enorme sonrisa.

Él la abrazó con todas sus fuerzas durante varios minutos. Luego se sentaron juntos en el banco del pasillo sin dejar de mirarse a los ojos.

—Te he echado de menos madre.

Ella se puso a llorar y a temblar.

—Lo sé hijo yo también pero no está en mi mano volver. Recuerda que te quiero, eso es lo único importante y perdóname si yo lo olvidé. Lo único que tengo claro es que nos volveremos a encontrar, no tengas duda.

Nunca más volvieron a encontrarse en aquel hospital, su madre nunca más volvió, él iba a visitarla sabiendo que era una extraña, hasta el día que se fue del todo. No sintió nunca más decepción ni rabia, no sintió dolor en la pérdida, hacía tiempo que se habían despedido.



# INSTINTO ANIMAL

Ahí estaba otra vez ese cuadro sobre el fondo de su pantalla de ordenador “*El caminante sobre mar de nubes*” de David Friedrich. Ese cuadro la inquietaba para bien y para mal. No sabría decir exactamente en qué pensaba ese hombre.

—¡Gírate! —le gritó.

Si pudiera verle el rostro quizás adivinaría sus pensamientos y dejaría de aturdirle esa imagen. Un hombre sobre un risco al borde del mar, mirando al infinito, en su mano portaba algo que bien pudiera ser un bastón o una espada. ¿Es esperanza o es muerte? ¿Se querría suicidar? ¿Vendría de matar a alguien? No le cabía en la cabeza cómo alguien podía arrebatarse una vida ya fuera la propia o ajena. Esta cadena de pensamientos la comenzaba a agobiar. Apagó el ordenador y se fue al salón a ver la tele.

Era descorazonador la programación pusiera el canal que pusiera todo eran gritos e insultos, daba igual las noticias que un programa del corazón, uno de entrevistas o un documental, violencia es lo único de lo que se hablaba, odio, peleas, guerra, muertes... Decidió que mejor se iba para la cama, hay días en que lo mejor es dormir y esperar a que amanezca.

Un ruido la sobresaltó en mitad de la noche, parecían pequeños golpecitos. Aguzó el oído, alguien acababa de entrar en su domicilio. Escuchó la puerta abrirse y cerrarse lentamente emitiendo su chasquido de enganche. Se le cortó la respiración al

momento mientras su corazón bombeaba sangre a toda velocidad.

Alargó la mano hasta la mesita buscando el móvil, no estaba. La imagen del teléfono encima de la mesa del comedor pasó fugaz por su mente.

Echó una mirada a su alrededor en busca de alguna forma de esconderse o de huir. Dirigió su vista hacia el armario, desechando la idea con rapidez, miró la ventana, no podría escaparse por ahí, vivía en un séptimo piso, pensó en gritar y alertar a alguien pero eso descubriría antes su presencia acelerando el curso de las cosas. Tal vez el intruso se iría al descubrir alguien en la casa o... no quería averiguar tan pronto qué clase de persona estaba allí. Decidió hacer lo más lógico y estúpido, lo que sale en todas las películas, lo que hacía cuando era pequeña, meterse debajo de la cama.

Los pasos se aproximaban hacia el cuarto. Salió de debajo de las mantas con toda la templanza que pudo, la estiró con cuidado haciendo parecer que no se había tocado aún, recogió la ropa que llevaba y que estaba tirada encima de la silla y se deslizó bajo el somier. Se hizo bola pegándose todo lo posible a la pared del cabecero y trató de controlar su respiración. Al final las clases de yoga le habían servido para algo.

El pomo de la puerta giró y se abrió lentamente dejando entrar la luz del pasillo, unas botas de montaña entraron en la habitación. Ella se contrajo más sobre sí misma, tapándose la nariz y la boca con la mano. Vio como los pies buscaban por el espacio, fueron al armario, a la ventana y por último se acercaron a la cama, su punta traspasaba la colcha. Ella sintió como el sudor recorría su espalda y su sien, apretó sus rodillas contra su estómago aplastando la vejiga, le entraron ganas de ir al servicio. De pronto un peso hizo que el colchón bajara levemente, el hombre se había sentado en la cama. El miedo la tenía agarrotada, las uñas de sus dedos estaban completamente clavadas sobre la palma de sus manos.

—¿Dónde podrá estar? Quizás me equivoqué de piso... — dijo una voz profunda, ella intentó guardar ese tono en su mente, tratando de averiguar si le sonaba, si era de alguien que



conociera— Por suerte aquí no había nadie, mejor me voy antes de que me pillen.

Dicho esto se levantó y salió. Oyó los pasos alejándose... La puerta de entrada volvía a abrirse y cerrarse emitiendo el mismo sonido.

Su corazón seguía latiendo con fuerza. Aguardó en la misma postura unos interminables minutos, rezando para que no regresara, luego poco a poco comenzó a estirarse sintiendo el dolor en los músculos por la tensión recibida. Se arrastró por la alfombra y se incorporó con cuidado. Notó una humedad entre sus piernas, se había meado sin siquiera darse cuenta. De puntillas y aún con el aliento entrecortado salió del cuarto, caminó por el pasillo a oscuras pegada a la pared notando el frío en la piel, las rodillas le temblaban pero tenía que llegar al salón, recuperar su móvil y llamar a la policía. Antes de llegar miró al frente buscando si faltaba algo o, peor, si detectaba alguna sombra humana. Todo estaba en calma y a primera vista no echó nada en falta. No habían venido a robarla o al menos no a ella.

Se acercó a la mesa despacio y agarró el teléfono.

—Yo no haría eso—. La voz salió de un rincón de la entrada. Ella sintió como se le congelaba la sangre, la respiración, estaba petrificada en el sitio, no podía siquiera gritar—. ¿Creías que no sabía dónde estabas? ¿Debajo de la cama enserio? —Soltó una gran carcajada.

—¿Qui...én eres? ¿Qué qui...eres?— alcanzó a preguntar, la saliva se le secaba en la boca.

—¿No lo sabes? -Su rostro dibujó una aterradora sonrisa.

—Estoy llamando a la policía—. Intentaba marcar pero los dedos no la respondían.

Un golpe la tiró al suelo, su cabeza chocó contra el parqué haciéndola retumbar por dentro, el cuerpo del hombre estaba encima de ella, su aliento invadía todo su espacio. Se retorció debajo de él moviendo las piernas y la cadera tratando de escurrirse, su rodilla chocó contra los genitales. La mano de su atacante la propinó una sonora bofetada, volvió a golpearle haciendo que no tuviera más remedio que agarrarse sus

partes en un acto reflejo. Se apoyó en los codos y consiguió zafarse echando a correr hacia su cuarto.

Cerró la puerta de golpe y se apresuró a poner la silla delante para bloquear el pomo. No aguantaría mucho. Dudó si mover la cama o llamar pidiendo ayuda. Las zancadas del hombre ya resonaban en el pasillo. Optó por lo segundo. Marcó el número y del teléfono salió un tono. Fuera el hombre golpeaba la puerta con furia.

—¡Será mejor que abras o será peor para ti, no hagas que me cabree más!

Otro tono. La silla se tambaleaba no tardaría en ceder. Tercer tono. Estaba empapada en sudor.

—Emergencias ¿En qué podemos ayudarla? —se oyó por fin al otro lado.

—Han entrado en mi casa por favor que venga alguien.

—¿Quién ha entrado? Señorita dígame dónde está.

La puerta se abrió de un golpe y bajo el umbral estaba el hombre con la cara enrojecida, las venas del cuello se le marcaban, la miraba con frialdad y su mano agarraba una pistola.

—¡Tiene un arma va a matarme!

—¡Cuelga el teléfono.

—Señorita tranquila una patrulla va ya para su domicilio.

La mano del hombre le arrancó el móvil y lo lanzó estrellándolo contra la pared.

—¡Ahora sí que me has cabreado! —De su boca salieron restos de saliva—. Todo será más rápido y doloroso por tu culpa. Ya no podré jugar.

El cuerpo del hombre se interponía entre ella y la salida, no tenía escapatoria. Sintió el frío del acero de la pistola sobre su frente. Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. En su mente no había ninguna imagen, estaba en blanco. Esto la tranquilizó de alguna forma. Dicen que antes de morir ves pasar tu vida por delante, pero ella no estaba viendo nada.

De sus entrañas comenzó a brotar un ardor que le

recorría todo el cuerpo, calentando cada músculo. Sin pensar dio un paso hacia atrás y alcanzó a coger la lamparita de la mesita de noche y con un rápido movimiento se la estampó al tipo en la cabeza. Cientos de trocitos de cerámica saltaron por el aire.

—¡Maldita zorra! -le escupió a la cara.

Levantó el brazo para golpearla con la pistola pero ella reaccionó lanzándose contra la mano y le clavó los dientes con fuerza. El hombre soltó un grito dejando caer el arma al suelo. Las sirenas de policía se colaron a través de la ventana. Ambos se agacharon con rapidez para recuperar la pistola, ella la empujó contra el armario y él la propino una patada en el estómago haciéndola desplazarse unos pasos. Hubo un silencio de un segundo infinito en el que las miradas de los dos no se apartaban del arma. Sintió otra vez el calor inundándola de arriba abajo se tiró al suelo y cogió el arma, se giró y apretó el gatillo. El pecho del hombre se llenó de sangre.

—Hija de... —Cayó desplomado sobre ella sin terminar de hablar.

Soltó la pistola, salió de debajo del cuerpo sin vida de su agresor lentamente, se incorporó, abrió el armario sacando otro pantalón de pijama, se lo cambió por el que llevaba que estaba mojado, lo tiró en el cubo de la ropa sucia y se acercó a la ventana.

Los coches de policía estaban aparcados a la entrada de su portal, los agentes llamaban a los timbres esperando que alguien les abriera, los transeúntes se paraban a cotillear, algunos vecinos asomaban sus cabezas mirando a todos lados.

Escuchó que abrían su puerta de entrada y la llamaban, pero lejos, cómo si no estuviera pasando en su domicilio nada de esto. Ella estaba concentrada en recuperar el aliento, en bajar sus pulsaciones. El cadáver estaba tendido boca abajo manchando la alfombra de granate.

Los policías entraron en su cuarto y la encontraron de

espaldas, con la mirada perdida a través de la ventana observando el tráfico de la calle.

No la veían el rostro. No sabían si estaba bien.

La observaron preguntándose qué habría pasado, qué estaría pasando por su mente después de haber matado a alguien a sangre fría. ¿Estaría pensando en precipitarse al vacío?

Pero la verdad es que ella no pensaba en nada, sólo miraba los coches pasar como quien mira pasar las manecillas de un reloj.

## CAER DE NUEVO

Las sirenas marcaban el momento, retumbaban en cada rincón de la ciudad, despertando a los vecinos, sonaban entremezcladas los coches patrulla y la ambulancia como en una guerra musical. Estaba claro que algo había pasado.

Yo lo veía todo desde una posición privilegiada, podía ver como se arremolinaba la gente alrededor del cordón policial, escuchar sus susurros morbosos intentando averiguar lo sucedido. Llegaban a mis oídos las voces de los agentes, pero sobre todo llegaba a mí, con total nitidez, un sollozo acallado tras unas suaves manos.

Entonces miré más allá, buscando la causa de ese dolor y lo vi, una cabeza desplomada sobre un escritorio, una mano aferrada a una pistola, gotas de sangre resbalando por la mesa... un suicidio. Fijé la vista sobre ese pobre hombre intentando averiguar el porqué de ese acto pero algo tiró de mí, una especie de viento que me arrebatava con fuerza de aquel lugar, me arrastraba hacia abajo envolviéndome en un torbellino que se llenó de imágenes, que pasaban tan veloces que no me daba tiempo a distinguir ninguna, me mareaban y tuve que cerrar los ojos para no volverme loco con sus ráfagas de luz y color.

Me sentí indefenso ante aquella fuerza que me empujaba, no podía hacer nada salvo dejarme llevar, en lo que me pareció una eternidad, hasta que mi cuerpo chocó contra una montaña y la atravesé sintiendo la tierra, el agua, la hierba, las rocas y todo paró de golpe.

Esperé unos segundos antes de moverme y comencé a abrir los ojos lentamente. Ante mí había una pared blanca con un enorme cuadro colgado, naturaleza muerta, pichones y fruta sobre una bandeja de plata.

Sentí como la tristeza se apoderaba de mí y, como si fuera un fogonazo recordé todo.

Estaba sentado frente a mi escritorio, mi mano así temblorosa una pistola, las lágrimas rodaban por mi rostro impidiéndome articular palabra y mi mente solo repetía incesante una idea que lo envolvía todo.

La tristeza me había llevado hasta allí, el estrés me había llevado a esto, la ausencia del valor para comunicarme me había empujado a este momento... el brazo se levantaba decidido a posar el arma sobre mi sien cuándo mi corazón elevó el sonido de aquel sollozo empujándolo hasta mi garganta.

—¡Claudia! —grité con todo el desgarró del que implora ayuda.

Ella apareció al instante y corrió hacia mí frenando la mano que estaba a punto de cometer un asesinato. Me abrazó con tanta fuerza que hizo salir todo lo que guardaba en mi interior y lloré como el niño que nunca se permitió llorar y hablé de mis cargas como el hombre que ya no podía más llevarlas solo.

# EL PRIMER UMBRAL

Desperté un día, sintiéndome confusa, intenté moverme, abrir los ojos, pero no podía, no sentía ninguna parte de mi cuerpo, le mandé órdenes a mi cerebro para que moviera cualquier músculo, pero nada, no notaba ni una fibra de mi ser.

Volví a caer en un sueño pesado. No sé cuánto tiempo estuve así. Recobré la conciencia al sentir mis extremidades moverse, notando una resistencia viscosa a mi alrededor, como un agua densa, quise tocarla pero mis dedos no respondían.

¿Cómo había llegado ahí? Escudriñé mi mente en busca de algún dato, alguna pista que arrojará luz sobre mi paradero, sobre mi persona, pero estaba vacía, no recordaba nada, no encontraba ninguna imagen, ninguna palabra; Ni siquiera sabía mi nombre. ¿Quién era yo?

Necesitaba conocer más del sitio en el que estaba, me estiré y comprobé que tenía paredes a mi alrededor, o algo parecido; Debía de estar en una especie de tanque lleno de líquido, pero no me estaba ahogando, de algún modo respiraba, y esa agua no me mojaba si no que me envolvía y mantenía caliente. También note una especie de tubo conectado a mi estómago, y comprendí que era por donde me alimentaban.

Empecé a tranquilizarme, fuera lo que fuera ese sitio, me estaba manteniendo con vida, y pensé que si quisieran hacerme daño ya lo habrían hecho. Convencerme de esto, me hacía recobrar la calma y si conseguía serenarme del todo, quizás descubriría más cosas o podría recuperar la memoria.

Me dejé mecer por la masa acuosa, sintiendo su tibieza,

la ingravidez de mi cuerpo, procurando tener la mente despejada, llenándome solo de los sonidos de mi alrededor... estaba volviendo a quedarme dormida, me sentía a gusto, relajada, cuando mi mente, siempre alerta, se percató de que no oía ningún sonido.

Me retorcí de angustia. Hasta el momento había dado por sentado que contaba con todas las partes de mi cuerpo aunque no pudiera hacer uso de ellas. Con gran esfuerzo levanté las piernas y alargué mis manos, tocando los pies, dos, con sus dedos, seguí subiendo, tobillos, pantorrillas, rodillas, muslos, estómago, ahí estaba el tubo, flexible y blandito, pecho, hombros, cuello, boca, nariz, orejas y ojos con sus párpados...

Intenté abrirlos otra vez y conseguí entreabrir una rendijita y ver borroso, no alcancé a diferenciar ninguna imagen, me supuse era por el fluido en el que estaba inmersa. Volví a bajar los párpados. Estaba completa, no me faltaba nada, que alivio poder reconocerme y palparme.

En ese mismo instante un sonido llegó a mí, lejano casi inaudible, pero sabía qué era, eran latidos, que sonido más maravilloso, me devolvía la paz esa cadencia palpitante. Permanecí escuchándola, advirtiendo, que ese ritmo iba devolviéndome la calma, sumiéndome en un estado de laxitud y bienestar. Me dejé llevar por ese estado entre el sueño y la conciencia.

De alguna forma, los recuerdos vendrán a mí, ahora solo quiero estar fluyendo en este tanque, no me preocupa nada, no necesito saber nada...Nada. No importa mi nombre, ni el lugar, ni cómo llegué a él, solo estar, solo esta placidez que me envuelve.

A los latidos se empiezan a unir otros sonidos que no distingo, murmullos lejanos, que no rompen mi relax. Me siento segura y a salvo. Percibo como mi mente se sosiega, y caigo en esta quietud sin remedio.

Así permanecí largo tiempo sin saber en realidad su duración ya que aquí no hay forma de determinarlo, como



si no existiera, solo lapsos entre el sueño y la conciencia. Salí de mi letargo al sentir una estrechez, las paredes que antes apenas podía rozar ya casi me alcanzaban, probé a gritar pero no hallé voz en mí, más allá de la que emitía mi cabeza. Traté de golpear con una pierna las barreras del tanque pero apenas logré unos leves golpecitos, repetí varias veces poniendo toda la fuerza que pude pero solo conseguí agotarme, me sentí débil y tuve que volver a descansar.

Notaba como las paredes cada vez se acercaban más y más, pensé que se trataba de algún tipo de tortura, todo mi cuerpo se encogía, el tubo se me enredaba entre las piernas, ya dobladas contra el pecho ¿me habían mantenido con vida para luego dejarme morir aplastada?

Pataleaba y golpeaba con los puños, cada vez que escuchaba esas voces que paso a paso se volvían más nítidas. Por favor, sacarme de aquí. La angustia me estaba asfixiando al igual que el habitáculo en el que me hallaba. No creo que pueda aguantar mucho más. Apenas podía moverme, toda yo formaba un semicírculo cerrado en mi misma, me di cuenta que nada podía hacer para evitar el final, y resignada me preparé para desaparecer.

Entonces los latidos se volvieron agitados cada vez eran más rápidos, las voces eran gritos, y el tanque se contraía y expandía. Una fuerza me empujaba liberándome de mi espacio y a mis ojos llegaba una luz. Sentí miedo, más miedo del que había sentido al encogerse las paredes, ya no quería salir de allí, los pensamientos se agolpaban en mi cabeza bloqueando mi mente y de pronto ráfagas de imágenes llegaron a mí.

Un espejo mostraba cientos de rostros, hombres, mujeres... de todas las edades y las razas, como en un torbellino percibí la alegría y la tristeza, vi amor y frustración en sus rostros, sentí dolor y cicatrices marcadas en la piel, me llegaban olores a tierra, a mar, a comida, música y palabras que me abrazaban, noté la juventud, las arrugas en la faz y de pronto todo se quedó suspendido a mi alrededor y todos los

recuerdos llenaron mi ser con nombres, lugares, sentimientos y al momento vacío. Me vi de pie y escuché una voz detrás de mí que me preguntaba si estaba segura de hacerlo.

-Sí -respondí.

-Pues salta -me dijo.

Y todo se volvió luz y hacia ella me dirigía ahora sin remedio pero ya no sentía miedo, ya sabía quién era y por qué estaba ahí.

El valor del conocimiento me susurró que toda historia comienza al atravesar un umbral.

Me dejé llevar hacia la abertura de salida. Unas manos me atraparon y sentí frío y ruido a mi alrededor, grité de impotencia. Otras manos me agarraron en el aire, el miedo y la angustia volvían a mí, el cuerpo se agitaba, no podía dejar de llorar y berrear pero parecía que a nadie le importaba mi congoja.

Entonces, me posaron sobre unos brazos que me sostuvieron con delicadeza y escuché ese latir que otrora me había tranquilizado, abrí los ojos un poquito y me encontré con una mirada que me envolvía y en ese momento en ese breve instante los recuerdos, las imágenes cayeron en el olvido.

Esa mirada me inundó de paz y de calor y supe que todo había merecido la pena. El ruido cesó en derredor para que una voz aterciopelada como rumor de olas me susurrara.

-Bienvenida a este mundo pequeña.

## LOS DESCORAZONADOS

He abierto una brecha a través del tiempo para dejar grabado este mensaje que, si bien no les parecerá de máxima urgencia, sí considero de vital importancia. Llegan a ti ahora estas palabras, no por casualidad, sino por una cadena de causas y consecuencias que tienen su origen en el nacimiento del universo.

Es mi responsabilidad advertir de una amenaza a tu mundo, al mío y al de todos los seres sintientes. Esta amenaza tiene el nombre de “Los Descorazonados”. Los seres que nos observan desde otra dimensión.

Ellos no pueden generar emociones, mas las necesitan. Son adictos a los sentimientos. Nos observan desde su mundo y nos chupan las emociones del mismo modo que nosotros sorbemos la pajita de un refresco. ¿Cómo lo hacen? Muy fácil, mediante sus armas más poderosas: El Miedo y la División.

Primero nos dividen. Alimentan las disputas. Confunden nuestras palabras, nuestras ideas, para llevarnos a la confrontación y después avivar el miedo, nuestros temores primarios, de donde extraen las emociones. Son esa voz que te susurra en la cabeza y te genera ansiedad. Ese calor que te recorre la espalda cuando te invade la ira. La amenaza en lo más hondo de tu ser que hace temblar la raíz de tu equilibrio. El sentimiento que no puedes explicar pero está ahí.

El mundo de Los Descorazonados no es muy distinto al nuestro. Viven completamente alienados, apáticos, incapaces de sentir nada, incapaces de establecer vínculos entre ellos. Sin alegría, sin tristeza, sin miedo ni esperanza. Ahora nosotros seguimos su mismo sendero. Asistimos perplejos a la transformación de nuestro mundo y nos preguntamos por qué hay tanto mal en él, mientras aumentamos el consumo de sufrimiento. Cuando elegimos historias de desgracias,

## AGRADECIMIENTOS.

Queremos agradecer a todas aquellas personas que se cruzaron en nuestro camino porque sin ellas nada de esto sería posible, lo bueno y lo malo nos hizo crecer pensando que se podía volar.

En especial a doña Clara y doña Amelia, por su sabiduría y su amor incondicional, a Ana, a Clarita y a Jimy porque sus abrazos nos dieron luz a pesar de sus desvelos.

A Covadonga, a Victor, a Manuel, Sonia, Maricarmen, Rafael, Adela, Blanca, Nacho, Jose, Joaquin, Marcial, Luis y Susana por su apoyo constante.

“Chirri” y Vitorina, Loli y Rafa, Juana, Ramón y toda la familia de Mieres.

A Nico y a Mateo por recordarnos las posibilidades infinitas que tiene la imaginación.

A Silvia y a Marta que nos regalaron una oportunidad.

A Marta O. que nos dio la joya de la sensatez.

A Ina, Berto, Aniika, Dani, Caroline, Razek; Marta , Carla, Mario, Jorge, Angel, Tetxu, Jonan, Jesús por estar ahí cerquita, con sus charlas, escuchándonos y alentándonos.

A todos nuestros familiares y amigos que en algún momento nos inspiraron con sus propias vidas. Somos un pedacito de cada uno de vosotros.

Y por supuesto no nos olvidamos de los que nos guían desde otro plano Don Francisco, Don Rafael, Doña Adela, Don Jaime, Mariló y Victor Manuel.

Gracias a todos por vuestras sonrisas, por vuestros cuidados, por dejarnos ser y por comprender más allá de lo establecido.

Un abrazo.





